

LA RAZA LATINA

PERIODICO INTERNACIONAL

Se publica en Madrid dos veces al mes, en francés, italiano, portugués y español

COLABORADORES

Abad y Aparicio (Hilario).
About (Edmond), journaliste, littérateur français.
Alcalá Galiano (Antonio).
Bathie, ex-ministre de l'Instruction publique en France.
Benavides (Antonio).
Campoamor (Ramon).
Camus (Alfredo Adolfo).
Cánovas del Castillo (Antonio).
Carramolino (Juan Martin).
Carrascosa (Pedro).
Castelar (Emilio).
Castro y Serrano (José).

Corfberz de Medolheing (A), président de la Société des bibliothèques populaires en France.
Dupanloup, évêque d'Orléans, membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Eguren (D. José Maria).
Eleuterio Llofrin y Sagreda.
Fanet (Paul), professeur d'Histoire de la philosophie à la Sorbonne de Paris.
Favre (Jules), membre de l'Académie française et de l'Assemblée nationale.
Frank (A), professeur du Droit des gens (Sorbonne).
Gambetta (Léon), membre de l'Assemblée nationale.
Girardin de, publiciste français.

Giraud, membre de l'Académie des Sciences de Paris.
Hauleville de.
Hartzenbusch (Juan Eugenio).
Hugo (Victor), poète français.
Hurtado (Antonio).
Laboulaye, professeur d'Histoire et de Législation comparée, Collège de France.
Lhoest, écrivain belge.
Lopez Serrano (Juan).
Martin (Meliton).
Moraita (Miguel).
Nieto (José Moreno).
Nuñez de Arce (Gaspar).

Parieu de, membre de l'Académie.
Patin, Secrétaire général de l'Académie française.
Rodriguez Sobrino (Matias).
Rodriguez Rubi (Tomás).
Rykens, directeur du Collège épiscopal de Boormande (Limbourg Hollandais).
Sandeau, de l'Académie française.
Torres Muñoz y Luna (Ramon), Membre de la Academia de Munich.
Valera (Juan).
Valero y Soto (Juan).
Valero Tornos (Alvaro).
Villemessant de

Fundador y Director: D. Juan Valero de Tornos

SOMMAIRE

REVUE POLITIQUE EUROPEENNE, par D. José Nava y Otorul.—PARTE EDITORIAL.—DICTIONNAIRE DES NOMS DU PAPE ET DU SAINT-SIEGE, par D. Juan Martin Carramolino, de l'Académie des Sciences morales et politiques.—LETTRES A UN HOMME DU MONDE SUR LA MANIERE D'EMPLOYER SES LOISIRS, par Monseigneur Dupanloup.—EL FILIBUSTERISMO LABORANTE.—COLABORATION.—DE L'INTERET DE L'ITALIE DE S'UNIR AUX RACES LATINES (TEXTE ESPAGNOL), par M. Jules Favre.—ETUDE DU DROIT POLITIQUE.

SUMARIO

REVISTA POLITICA EUROPEA, por D. José Nava y Otorul.—PARTE EDITORIAL.—ENUNCIACION DE UN TRILINGÜE DICCIONARIO DE NOMBRES DEL PAPA Y DE LA SANTA SEDE, por el Excelentísimo Sr. D. Juan Martin Carramolino, de la Academia de Ciencias morales y políticas.—CARTAS A UN HOMBRE DEL MUNDO SOBRE LA MANERA DE EMPLEAR SUS OCIOS, por Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans, de la Academia francesa.—EL FILIBUSTERISMO LABORANTE.—COLABORACION.—DEL INTERES QUE TIENE ITALIA DE UNIRSE A LAS NACIONES LATINAS, por Julio Favre, de la Academia francesa.—ESTUDIOS DE DERECHO POLITICO.

REVISTA POLÍTICA EUROPEA

Los sucesos que en esta última quincena han ocurrido en Europa, son algunos de ellos de tal importancia, que pueden influir muy poderosamente en la marcha política de varias naciones.

Comencemos por señalar el cambio manifiesto en sentido conservador de la opinion en Inglaterra. Por largo espacio de tiempo ha estado esa opinion sosteniendo el gobierno *whig* que presidia y representaba Gladstone, á quien no se pueden negar los servicios que ha prestado á su patria; pero al verificarse las últimas elecciones parciales para llenar algunas vacantes ocurridas en la Cámara de los Comunes se ha notado una variación tan sensible y tan clara y tan repetida en favor de los conservadores, que el primer ministro británico, á pesar de su tenacidad de carácter, no pudo enmendar. Entonces se resolvió á disolver el Parlamento, y lo hizo casi por sorpresa, lo cual no es comun en Inglaterra, esperando sin duda de ese golpe imprevisto que encontraría á sus adversarios desapercibidos, y que las elecciones generales darian otro resultado que el que han ofrecido; pues, á pesar de la sorpresa, los conservadores han triunfado absolutamente, obligando á Gladstone á abandonar el poder. El jefe del partido conservador, Disraeli, formará Ministerio tranquilamente y sin que la Gran Bretaña experimente sacudimiento alguno que la perjudique. Las costumbres políticas inglesas, sabiamente practicadas, respetan y conservan todo lo bueno que hacen los partidos, sin esa absurda saña con que los españoles deshacen lo que hicieron sus antecesores. Por eso la Inglaterra prospera y es fuerte.

Sin que sea nuestro ánimo dar á entender que el Ministerio Gladstone podia nunca ser simpático á la marcha revolucionaria de otros países, como lo demuestra la prudencia con que se ha abstenido de reconocer los acontecimientos de España, juzgamos, sin embargo, que el nuevo Gobierno inglés ha de mirar con más repugnancia todavía ese género de locuras políticas, si en alguna parte se sostuvieran.

Hé aquí el Ministerio inglés:

Premier lord de la Trésorerie, M. Disraeli;
Lord chancelier, lord Cairns;

Président du Conseil privé, le duc de Richmond;
Garde des sceaux, le comte Malmesbury;
Affaires étrangères, le comte de Derby;
Indes, le comte de Salisbury;
Colonies, le comte de Carnarvon;
Guerre, M. Gathorne Hardy;
Intérieur, M. Cross;
Chancelier de l'Echiquier, sir Strafford Northcote;
Postes, lord John Manners;
Marine, M. Ward Hunt.

En Alemania principian á asomar nubes en el horizonte. Es una ley natural, que se cumple indefectiblemente, que siempre que una nación ha llegado al apogeo de su pujanza y engrandecimiento tiene que descender. La historia antigua y moderna nos lo enseña. Esa Inglaterra cuya prosperidad acabamos de citar, hubo un tiempo en que fué árbitra de la paz del mundo, y hoy no lo es seguramente. España tuvo días de poder inmenso y dominios en que «nunca se ponía el sol,» y hoy la vemos reducida á una situación deplorable. Francia, en estos últimos tiempos, influa en toda Europa, y ahora se ve desmembrada por sucesos recientes que la han privado de su influencia. Esta decadencia natural desde el apogeo sucede siempre, aunque el engrandecimiento se haya efectuado por buenos medios. Cuando los que se han empleado sonsólo lo de fuerza; cuando el vencedor soberbio cree que puede ostentar su poder sin límites, mezclándose en los asuntos de otros países, amenazándolos con cualquier pretexto, exigiendo que se dobleguen, persiguiendo las creencias religiosas que difieren de las suyas, tiranizando, en fin, al mundo, entonces el descenso suele ser más rápido, y se puede encontrar al cabo un merecido castigo.

Sabida es la preponderancia que á Prusia ha dado la guerra con Francia. Todas las naciones quisieron ser cortesanas de la fortuna y se apresuraron á dirigir con más ó menos franqueza sus plácemes al vencedor y á tributarle muestras de consideracion afectuosa. Hasta la Italia, que tanto debe á Francia y que la dejó sola en la lucha, formó en esa cohorte de felicitantes y amigos del éxito. Cruzáronse las visitas de los soberanos, todos al parecer tan benévolos entre sí; se establecieron inteligencias y relaciones cordiales, y, por consecuencia de este estado de prosperidad alemana, porque ya Prusia se habia convertido en Imperio alemán, creyó el canciller Mr. de Bismark que lo podia todo y que lo haría todo. Anduvo el tiempo: principió la persecucion á los católicos, llevada á cabo con creciente dureza, hasta el punto de negar á un arzobispo, á quien tiene preso por el grave delito de cumplir con su deber, que establezca una capilla en la prision para celebrar su culto. Busca querellas á la Francia fundándose en lo que los prelados franceses dicen á sus feligreses, ó en lo que escriben los periódicos. Pretende intervenir en las costumbres públicas de Inglaterra, aconsejando al gobierno británico que prohiba las manifestaciones que no le agradan y que son perfectamente lícitas en el Reino-Unido. Sigue persiguiendo á los pequeños Estados que ha absorbido abusando de su debilidad. Desearia conservar sobre otras naciones la preponderancia que alcanzó en un período de fortuna loca; y recientemente, uno de sus más distinguidos militares, Mr. de Moltke, anuncia en un discurso lleno de intencion política, la



mundo entero, que la Alemania es fuerte, que en su fuerza se apoya, y hasta afirma que de la fuerza sola se puede esperar el cumplimiento de los deberes de ciudadano y patriota; exageracion notoria y que sería la negacion de que las demas clases sociales fuesen capaces de cumplir con aquellos deberes.

Pero no es lo mismo que la Alemania pretenda ejercer en Europa la autocracia que desea, que el lograr conseguirla y sostenerla. El movimiento de resistencia que en Prusia han adoptado los católicos ha llamado la atencion del emperador Guillermo, y puede ser en adelante un elemento de terrible desgracia para el canciller, porque el escándalo de la persecucion es ya universalmente reprobado. Francia ha tenido que contemporizar con las exigencias alemanas, porque su situacion no permite otra cosa; pero la desgraciada Alsacia, que ha tenido que mandar diputados al Parlamento aleman, ha protestado á su manera enviando representantes que conservan sus sentimientos franceses, entre ellos dos obispos y varios eclesiásticos, que no han de ser ciertamente muy simpáticos á Mr. de Bismark. En una de las primeras sesiones, Mr. de Deutsch, representante de los desdichados que han perdido su nacionalidad, ha hablado con una arrogancia inesperada, diciendo que jamás podrán considerar á los alemanes como hermanos. Por su parte Inglaterra ha contestado á los audaces é intempestivos consejos del canciller que no puede faltar á sus leyes y á sus costumbres. Los pequeños Estados dependientes hoy del Imperio aleman se reúnen para concertarse y conservar esa sombra de autonomia que les ha dejado la omnipotencia prusiana. Y sobre todas estas manifestaciones, bastantes para perturbar más ó ménos tarde la Alemania, ha venido la visita del emperador de Austria al de Rusia, que no se habia anunciado y que ha llamado la atencion de Europa. El considerar esa visita sólo como el pago de la he-cha por el emperador Alejandro á la Exposicion de Viena parece un tanto frívolo. Algo debe haber que no se conoce bien y puede ser de importantes consecuencias; por ejemplo, el deseo del emperador de Austria de sustraerse á la tutela de la Alemania, con el concurso moral y gran contentamiento ademas del emperador de Rusia, á quien no puede ménos de mortificar la pretension absorbente de los alemanes y su propósito de influir solos en el Mediodía de Europa.

El tiempo aclarará lo que significa este suceso que, por de pronto, ha llamado poderosamente la atencion. Es preciso no olvidar que el príncipe heredero de Prusia, más en los negocios ahora que ántes por la enfermedad de su padre, difiere de las opiniones de Bismark en no pocos puntos; que Rusia, como acabamos de indicar, no mira con gusto el engrandecimiento de Prusia; que la hija única del Czar acaba de casarse con un príncipe inglés; que se habla de la visita del emperador Alejandro á Inglaterra, con un motivo aparentemente fundado, pero que pudiera servir para algo más que un cumplimiento á la reina Victoria; y que si, por efecto de todo esto, se establecieran relaciones de cierto género entre Rusia, Inglaterra y Austria, no ganaria Prusia nada en ello.

..

En Francia no ocurre por el momento cosa que tenga grande interes. Una carta de Mr. Rouher, jefe del partido imperialista, apoyando decididamente el poder concedido por siete años al mariscal de Mac-Mahon; otra carta del príncipe Napoleon (Jerónimo) negando tal apoyo; y los preparativos para una demostracion que piensan hacer al príncipe imperial sus partidarios, con motivo de entrar en la mayor edad el 16 de Marzo próximo, son los únicos acontecimientos que ocupan la atencion pública.

De las dos cartas, contradictorias en absoluto, á que acabamos de referirnos, todo el mundo considera como genuina representacion del partido imperialista la de Mr. Rouher. El príncipe Napoleon, con sus veleidades, que le han llevado no hace mucho tiempo hasta simpatizar con la extrema izquierda de la Asamblea, ha perdido su importancia aún dentro de su familia, y se miran sus actos como puramente personales ó efecto de su genialidad un tanto especial. Mr. Rouher conserva la confianza de los desterrados de Chislehurst: su mérito como hombre de Estado es incontestable, y tiene en efecto la direccion del partido fiel al Imperio.

Por lo demas, en Francia hay y habrá tranquilidad; porque, aún cuando la forma de gobierno se llama República, la situacion simboliza el orden y la seguridad, no sólo á los que tienen algo que perder, sino á los que necesitan paz para adquirir con su trabajo honrado los medios de subvenir á sus atenciones. El mariscal de Mac-Mahon, por sus antecedentes de bueno, subordinado y leal soldado, y excelente y cumplido caballero, ofrece confianza á todos; el ejército, cada dia en mejor estado, es una garantía contra la revolucion; los miembros de la aristocracia están, en el Gobierno y en la Asamblea, al lado de los hombres de ciencia y administracion que pueden servir bien á su país; no se han proscrito los títulos que en una buena parte representan las antiguas glorias de

la Francia; nadie extraña que un financiero distinguido, como Mr. Magne, esté, aunque no es republicano, al frente del Ministerio de Hacienda, en el que, sea dicho de paso, huye con horror del ruinoso sistema de saldar cada Presupuesto con un empréstito; precisamente lo que en España se hace. En fin, la situacion es fuerte porque la apoyan todas las clases conservadoras y sus hombres de más mérito; se llama República porque las circunstancias lo exigen, y durará porque es un *modus vivendi* que en último resultado no excluye ninguna de las soluciones que en adelante puedan adoptarse como definitivas.

Dícese ahora en Madrid, como novedad en estudio, que se pretende copiar la situacion francesa; y en efecto, aquende y allende el Pirineo no se habla de otra cosa. Podrá ser cierta esa pretension; pero ¿se encontrará fácilmente el Mac-Mahon de España, que ofrezca confianza á todos, y á quien todos ayuden? ¿Dónde está, hasta ahora, el apoyo á la República de las clases conservadoras? Es absolutamente lo contrario: las clases conservadoras no están ni dentro de la República, ni á su lado; están enfrente, mucho más esperándose, como se espera muy en breve, que la apoyen algunos de los federales que con sus doctrinas utópicas han sido los verdaderos autores de las calamidades más graves de nuestra patria. ¿Cuáles son los antecedentes y los merecimientos de muchas personas que forman ó sirven la situacion actual en España? Vale más no discutir sobre este tema, ocasionado á juicios que aún cuando fuesen justos, se mirarian por algunos con enojo. Y por último, ¿dónde están los partidarios, siquiera sea por conveniencia, de la República española? Ni los conservadores de verdad, ni los federales en su inmensa mayoría, ni los carlistas, ni muchos radicales serán por ahora republicanos, ni aún *interinamente*; de manera que parece imposible pensar en establecer en España algo análogo á lo que existe en Francia, mientras no se busquen y se consigan condiciones de apoyo que faltan hasta ahora.

En España, el país más desgraciado en Europa hoy, es preciso que se establezca sólidamente el orden: se necesita mucho patriotismo y mucha abnegacion para reunir elementos de conseguirlo. Si en el Gobierno actual hay quienes desean que la sociedad española vuelva á su asiento, que procedan con varonil energia, y que con resolucion inquebrantable deshagan lo mal hecho. No hay desdoro en enmendar los errores que se han cometido.

Y volviendo á Francia, la demostracion que los partidarios del príncipe imperial piensan hacer el 16 de Marzo, se ha explicado. Se trata de dar á los desterrados en Inglaterra un testimonio de afecto y consecuencia, recordando en cierto modo lo que se habria hecho en Francia si el Imperio siguiese. En efecto, hubiera sido un dia de satisfaccion para los imperialistas el de la entrada en la mayor edad del hijo del emperador; y los partidarios de esas ideas, que miran todo lo ocurrido desde el famoso 4 de Setiembre como sucesos revolucionarios que atropellaron la legalidad, la cual para ellos no ha dejado de existir, podrán ser más ó ménos benévolos con las situaciones de hecho que se suceden, pero reniegan, y hacen bien, de sus principios, que ostentan con actos públicos cuando para ello hay ocasion. Y no son sólo los imperialistas los que hacen esto: lo propio hacen los legitimistas y los amigos de los demas príncipes de lo que *todavía* se llama «la familia de Francia.» Prueba de ello las demostraciones verificadas no hace muchos dias con motivo del aniversario de Luis XVI.

En resumen: hay en Francia una gran tregua que sostienen todos los conservadores, cualquiera que sea su color; pero nadie renuncia á lo que desea como solucion definitiva. Para conseguir una cosa parecida en España se necesitarian extraordinarios esfuerzos, que, hasta este momento, no se han intentado siquiera.

..

Las demas naciones de Europa siguen viviendo sin grandes perturbaciones. Italia se esfuerza por apagar los instintos de revolucion que aún se agitan en su seno. Es natural que así suceda; despues de conseguir por buenos ó malos medios sus aspiraciones, desea conservar lo adquirido. Esto no excluirá que, si los sucesos ayudan y buenamente puede sacudir el pesado yugo de la amistad prusiana, lo sacuda con gusto.

Bélgica sigue en paz, gracias á sus instituciones constitucionales, templadas y observadas fielmente. Algun consejo relativo á asuntos religiosos se ha permitido dirigir á esta nacion Mr. de Bismark; pero, con hábil moderacion, no se ha tomado en cuenta.

Portugal, en vano tanteado muchas veces por los revolucionarios de su turbulenta vecina, ha tenido el buen juicio de resistirse, y disfruta de un bienestar relativo á la sombra de su Monarquía, querida y respetada en el país.

Hé aquí todo lo que por hoy podemos registrar relativamente á lo sucesos que tienen lugar en Europa.

JOSE NAVA Y OTORUL.

PARTE EDITORIAL

DICTIONNAIRE DES NOMS
DU PAPE ET DU SAINT-SIEGE

PAR

D. JUAN MARTIN CARRAMOLINO

DE L'ACADÉMIE DES SCIENCES MORALES ET POLITIQUES.

Les nations qui se prévalent et, à bon droit, du glorieux titre de race latine, tout aussi bien en Europe que dans les régions lointaines d'Asie et d'Amérique, sans oublier les nombreux habitants des côtes d'Afrique et de l'immense Archipel Océanien, se trouvent enchaînées par cinq puissants et solides liens qui constituent leur intime et apparente fraternité. Ces liens, sans énumérer les grands ressorts et les sources de leur commerce, de leur industrie, de leur marine et de toute leur richesse, sont le même principe d'origine, les racines, les expressions et l'esprit particulier de leurs idiomes, les éternels principes de justice contenus dans leur législation respective, et le cachet d'élégance, de distingué et d'essentiellement savant de leur littérature. Mais au dessus de toutes ces grandes et brillantes qualités, ce qui élève les nations et sociétés latines, qui font ostentation de leur civilisation, apparaît et domine sans rival la sainteté de son culte, le seul vrai, la Religion Catholique.

Le Catholicisme se distingue des nombreuses sociétés chrétiennes connues dans le monde sous divers noms, rites, symboles ou cérémonies, en ce qu'il s'honore de posséder son siège inébranlable ainsi que sa constante et inaltérable unité parmi les peuples de la race latine, il est suivi par les habitants des nations que nous pouvons appeler ses filles aînées, celles qui ont directement recueilli la domination romaine, ce sont l'Italie, la France, le Portugal et l'Espagne, il est suivi encore par les peuples d'origine secondaire, descendants des nations que nous venons de nommer, formant une grande partie des nombreuses sociétés modernes établies sur toute la surface du globe, qui ont été créées et se sont accrues grâce à cet origine, elles se sont émancipées et constituées à l'ombre du divin étendard de la Croix.

Les erreurs qui ont taché le Christianisme, si pur et si saint par sa divine origine, sont nombreuses, et l'histoire les cite depuis les premiers hérésiarques Simon le Magicien et Cerinto ainsi que d'autres moins connus, parmi lesquels Manes et Eutiques jusqu'au funeste allemand Martin Luther et le sanguinaire roi d'Angleterre Henri VIII; leurs fausses doctrines ont couvert le monde qu'était venu sauver par sa doctrine, sa passion et sa mort Jésus-Christ, Fils du Dieu vivant. C'est ainsi, qu'avant et après le xvi^e siècle, de nombreuses nations se sont séparées de la vraie foi, en embrassant ces diversions et ces sectes, ces diverses écoles et confessions; ils ont déchiré le sein toujours maternel et bienveillant de l'Eglise du Christ. Mais il était réservé à notre époque de voir apparaître un nouvel envahisseur orgueilleux, sortant non pas du fond des bois, mais des plus fameuses cités allemandes, l'infériorité rationalisme, plus redoutable que toutes les hérésies connues jusqu'à ce jour, implacable ennemi de l'homme, non seulement il raille la vraie Religion Catholique, mais il a vomi toutes les hérésies dictées par l'Enfer en fureur.

Le but de cet article n'est pas de parler de ces hérésies et d'indiquer leurs doctrines grossières, stupides et honteuses, les unes fausses, et les autres philosophiques et orgueilleuses. Nous ne voulons pas non plus énumérer les points essentiellement contraires au Catholicisme que professent les deux grands schismes observés dans une grande partie des régions Latines, le schisme de l'Orient dégradé et du puissant Empire russe. Non, il nous suffit de consigner un seul fait, mais important et commun à toutes les fractions orthodoxes qui s'honorent du titre de chrétiennes, filles de réformes transitoires et caduques; elles se sont toutes séparées du vrai symbole et de la doctrine de l'Eglise Catholique. Ce fait consiste en ce que toutes plus ou moins ignorent quelqu'un des quatre noms essentiels que Jésus-Christ a donné à son Eglise, qui est: Une, Sainte, Catholique et Apostolique; ou ce qui revient au même, que toutes

nient le dogme sacré que nous enseigne la foi, à savoir, que le Primat de l'Eglise Catholique est divin, éternel et impérissable, Primat qui réside au Saint-Siège, successeur de l'Apôtre Saint-Pierre, il exerce son pouvoir sur tout le globe, Prince des Apôtres, premier Vicaire du Christ sur la terre, Centre de l'unité, Evêque de Rome; enfin, le Souverain Pontife, autorité suprême que nous reconnaissons comme gouvernant la seule vraie Eglise, notre très Saint Père, d'éternelle mémoire, le grand Pape Pie IX.

Indiquer à la génération turbulente du xix^e siècle cette importante et fondamentale vérité, a paru à l'auteur de cet article profondément propre à la grande œuvre catholique et littéraire LA RAZA LATINE, et pour cela il a accepté l'honneur immodeste d'y collaborer, mais pour démontrer cette consciencieuse et complémentaire vérité il faut une œuvre importante étendue pour présenter les puissantes infaillibles et nombreuses preuves de cette grande question. Ce livre a été écrit il y a quelque temps, livre polyglotte écrit en espagnol, en latin et en français, dont le titre est: *Diccionario de Nombres del Papa y de la Santa Sede*, prouvant entièrement et séparément chaque nom il contient tous les autres témoignages constants de la divine institution du Chef de l'Eglise Catholique. Quoique terminé, il ne sera pas publié jusqu'à ce que son auteur, puisse se prosterner respectueusement aux pieds de Sa Sainteté, fasse le ciel que ce soit bientôt, pour l'offrir à sa suprême approbation et pour mériter au moyen de sa sainte intervention et de son autorité les bénédictions de l'Eternel afin qu'il soit lu avec fruit, non seulement par les fidèles, mais encore par les ennemis de la foi de Jésus-Christ.

Cette œuvre si délicate a besoin et on le comprend facilement, d'être acceptée par les écrivains catholiques ou du moins de leur consentement tacite et certainement du bon accueil des distingués collaborateurs de LA RAZA LATINE. Pour lui donner plus d'importance, son auteur s'est déterminé à faire paraître dans cet estimable journal le discours préliminaire, car grâce à cette publication on verra plus facilement le but sacré qu'il s'est proposé et qu'il espère obtenir comme récompense de ce pénible travail.

Comme complément de cet article, et pour démontrer l'importance de ce grand Dictionnaire, il y sera inséré quatre des noms sacrés qu'il contient.

DISCOURS PRELIMINAIRE.

Ce livre ne traite pas de la politique en général, ni de celle, en particulier, qui conviendrait à l'Espagne. Par conséquent, il ne touche en rien, à l'étude des différentes sortes de gouvernements régissant les sociétés humaines qui constituent les peuples et les nations de l'univers. C'est un livre de morale et de religion, s'occupant plus spécialement du régime et du gouvernement de l'Eglise Catholique, dont les principes et les fondements sont purement théologiques et canoniques. C'est un traité, qui, dans chacun des cinq-cent soixante et quelques articles qu'il contient, en forme de dictionnaire, présente une preuve suffisante, quoique isolée: puisque, par la doctrine et l'explication de ceux-ci, sans exception, apparaît aussi nette et aussi claire, que la lumière du jour le plus resplendissant, la vérité divine de l'institution et de l'existence de la Suprématie d'honneur et de juridiction, à laquelle est confié le gouvernement de l'Eglise Catholique, Apostolique et Romaine; Suprématie qui réside dans le Saint-Siège, et qui est exercée par le Souverain Pontife, successeur de Saint-Pierre.

Que l'homme politique, qui se flatte de ce titre, ne considère pas ce travail d'un mauvais œil. Il est certain, qu'il n'y trouvera aucune pensée contraire à ses principes de société, d'humanité et de civilisation: quelque soit le système de gouvernement, objet de ses préférences. Et si, dans une étude attentive, il rencontrait quelques éléments fondamentaux de gouvernement, bases d'une politique immuable et impérissable, je ferais remarquer à cet homme politique, que ce n'est pas moi qui les ai découverts, que ce ne sont point des conceptions humaines; qu'elles sont, comme de prodigieux stalactites, dirigeant vers la terre leurs pointes aiguës: car leurs vastes et puissants développements viennent de plus haut; leur siège est dans le ciel.

Au contraire, toute personne, quelque étrangère qu'elle soit, à la connaissance des sciences sacrées et ecclésiastiques, trouvera dans mon livre une œuvre, qui en formant, fortifiant, ou peut-être,

en redressant ses croyances religieuses, lui fournira des preuves certaines et sûres, de la nécessité d'une autorité spirituelle regissant tout l'univers catholique, suprématie caractérisée dans la personne du Chef visible de l'Eglise de Jésus-Christ, Chef qui n'est, et ne peut-être que la personne sacrée du Pape, successeur de l'Apôtre Saint-Pierre, Evêque de Rome, et Vicaire du Fils de Dieu sur la terre, pour conserver intacte, jusqu'à la fin des temps, la foi catholique.

Enfin, mon livre s'adresse, je le dis avec un sentiment particulier de sincérité et de cordialité, aux ennemis du Catholicisme; quelque soit leur mérite et leur autorité dans la république des lettres. Je le remets tel quel entre leurs mains, afin qu'ils en prennent connaissance, qu'ils l'examinent et le critiquent. Ce sera pour moi un fort grand honneur, d'être réfuté, si la réfutation devait garder le ton, l'esprit et les formes que j'emploie dans ma rédaction. Ainsi, le monde littéraire jugerait de la valeur comparative de la doctrine des uns ou des autres; ainsi, brillerait dans toute sa splendeur la vérité religieuse que je défends. Mais celui qui se voudra moquer de mon écrit, en parler sur un ton de mépris, en se servant du sarcasme et du blasphème, ou en étalant une ignorance lamentable; ce malheureux, je le plains de tout mon cœur, et prie le ciel qu'il lui ouvre les yeux et ne l'abandonne point.

Après avoir fait cette déclaration, je vais donner un léger aperçu de mon œuvre, quant au plan, la forme et le fond, c'est-à-dire, des doctrines que je me suis proposé de défendre.

C'était, pendant le cours de la journée du 29 Septembre 1868, alors que la révolution triomphait dans les rues de Madrid, renversant une monarchie qui comptait quinze siècles d'existence, proscrivant la dynastie de la noble maison de Bourbon, qui occupait le trône depuis plus de cent cinquante ans, proclamant entre autres libertés, celle des cultes, liberté, dont l'exercice public, depuis l'expulsion des juifs et des maures, il y a plus de trois siècles, avait été formellement défendue: me voyant personnellement, dans l'impossibilité absolue d'arrêter des desseins si inattendus et si surprenants, je crus opportun, d'employer les loisirs forcés de la retraite, à une œuvre littéraire, que depuis plusieurs années, j'avais méditée, sans jamais l'avoir entreprise, et qu'aujourd'hui, après l'avoir achevée, j'offre au public, sous les noms de Dictionnaire des Noms du Pape et du Saint-Siège.

Ainsi, je me suis convaincu, que je devais me soustraire, autant que possible, au tumulte effrayant qui dominait la ville; ainsi, j'ai compris, que le temps de cette grande perturbation politique passerait plus rapide et plus inaperçu; j'ai compris enfin, que je devais en conscience, consacrer mes loisirs, à enseigner la vérité, la pureté, l'infailibilité de la doctrine catholique, pendant que des hommes séduits, trompés, malheureusement très ignorants et privés de toute instruction, faisaient retentir leurs sottes clameurs, comme cela arrive dans les soulèvements populaires, contre des choses qu'ils ne comprennent en aucune façon. Je prends la défense du Catholicisme, parce qu'étant prouvée l'origine de la Suprématie du Saint-Siège, exercée par l'Evêque de Rome, successeur de Saint-Pierre, Vicaire du Christ sur la terre, et comme tel, fondement secondaire de la Sainte Eglise, Centre de l'unité de sa doctrine et de son gouvernement, Père des pères, Evêque des évêques; la vérité, la pureté, l'infailibilité de l'Eglise enseignante seront prouvées, dès que je serais parvenu à reproduire et à transmettre à mes lecteurs tout ce que la Sainte Ecriture, la tradition, les Souverains Pontifes, les Conciles généraux et particuliers, les Saints Pères, les théologiens et les canonistes, les Chancelleries des Gouvernements chrétiens, les historiens ecclésiastiques et politiques, l'assentiment universel des catholiques, dont l'origine se cache dans la nuit des temps, et enfin jusqu'au sens commun impartial non encore altéré, nous ont fait connaître, pendant l'espace de dix-neuf siècles, pour la justification des noms du Pape et du Saint-Siège. Ces noms, dans leur ordre alphabétique, et expliqués sommairement, mais toujours sur de solides raisons forment l'essence de ce dictionnaire.

Après quatre mois d'agitation et d'inquiétude générale dans tout le royaume, de soulèvements sanglants dans les cités, de pillages, d'usurpations de la propriété dans les villes et dans les campagnes, de sièges, de capitulations, d'amnisties; après quatre mois écoulés, depuis le 29 Septembre, sans cesser de m'occuper de mes chers tra-

voux, vers la fin de Janvier 1869, je parvins à les achever, ainsi que les notes qui en expliquent et confirment le texte. J'ai néanmoins conservé, dans leur propre langue, les citations originales des autorités théologiques et canoniques qui m'ont servi de preuves.

Mais il me vint alors en pensée (chose aussi triste que réelle), que l'Espagne a toujours été, que par malheur, elle est encore aujourd'hui, un très pauvre débouché pour les livres. Car le nombre des Espagnols qui les lisent est réduit, et celui qui en font une étude sérieuse est très minime. Sera-ce de ma part, vanité ou orgueil? En aucune façon. Ne recherchant pas seulement des lecteurs parmi quelques compatriotes érudits, j'aspire à faire parvenir mon œuvre dans d'autres pays, où sans être exclusivement catholiques, amis et ennemis lisent et consultent beaucoup plus les livres qui expliquent et développent les doctrines de la Religion Catholique. C'est pourquoi, j'ai conçu le projet de publier mon œuvre en trois langues: en espagnol, en latin et en français, afin que dans chacune de ces langues, parût plus nette et plus complète la reproduction du texte et de mes annotations. Il n'est pas nécessaire d'expliquer le choix de ces trois langues; car si le latin est l'idiome propre et particulier de l'Eglise, comme aussi des vrais savants en matière religieuse; si le français est plus généralisé et plus connu dans le monde littéraire, quoiqu'il soit peu théologique; il s'ensuit, que je ne devais pas me priver de l'agréable plaisir de pouvoir être lu dans mon pays natal, dans la langue de Cervantès et de Fray Luis de Granada.

Après m'être arrêté à cette détermination, et sur le conseil d'amis fort instruits, d'un esprit distingué, j'ai poursuivi mon œuvre jusqu'à la fin. J'ai fait par moi-même les versions castillane et latine. Quant au français, où je suis très loin de me considérer comme un maître, j'en ai confié le soin à Mr. Marion, professeur; gardant pour moi toute la responsabilité de la partie doctrinale. C'est donc en trois langues, que paraît ce livre, que je présente aux amis des lettres. Les trois parties sont imprimées à la suite l'une de l'autre, avec leurs discours préliminaires respectifs, et avec des tables alphabétiques, qui devaient nécessairement être très différentes. Mû par cette raison, et par le désir de rendre plus commode le maniement de mon œuvre, et moins confuse la lecture qu'on en ferait, j'ai sacrifié le plaisir de le voir imprimé en trois colonnes, ainsi que cela avait été tout d'abord mon intention.

Il n'y aura aucun Nom de ceux constituant ce lexique abrégé, qui ne soit justifié par des autorités, et pour le moins, corroboré de deux citations très respectables. Plusieurs portent jusqu'à quatre et cinq renvois, même plus, avec leur texte littéral. Je n'en ai fait aucune, que je n'ai préalablement extraite et transcrite. Dans quelques articles, les autorités à l'appui sont si importantes et si nombreuses, que je me suis vu dans la perplexité de choisir celles que j'avais à insérer, et que je jugeais suffire à mon but.

D'autre part, il y a des textes sacrés, ecclésiastiques, religieux et littéraires si connus, applicables à un si grand nombre de Noms, que chaque phrase, chaque parole, servant à les expliquer, est celle qui convient et suffit à la justification des titres, que portent le Souverain Pontife et le Saint-Siège. C'est pourquoi, on ne peut moins faire, que de les rappeler en plusieurs passages de ce dictionnaire. Mais afin d'éviter la monotonie et la fatigue, que l'on éprouverait en se donnant la peine de les lire dans leur entier, j'ai pensé, qu'une fois connus dans le premier article alphabétique, il suffirait d'indiquer l'œuvre d'où ils avaient été tirés. C'est ainsi, que dans la suite des Noms, je me contente de rappeler les termes, les phrases, ou les paroles absolument nécessaires à la comprobation de mon sujet.

A première vue, on sera surpris, que j'ai ajouté, aux articles contenus dans mon dictionnaire, un grand nombre de Noms; qui, dans leur signification essentielle, renferment et représentent une même idée: semblable profusion toute logique entraînerait, avec elle, bien des répétitions; ce qui est un défaut fort censurable en littérature. Mais j'ai eu deux raisons pour agir de la sorte: la première, que pour chercher ces articles, le lecteur a besoin d'une parole importante, et non d'une autre, qui paraîtrait synonyme; car ne la trouvant pas en une autorité qui lui est connue, il pourrait croire mon travail plus imparfait et plus défectueux qu'il ne l'est réellement, puisqu'il ne parvient pas à le contenter; la deuxième

raison, c'est que chaque texte ou preuve justificative des Noms qui présentent ces variantes de paroles, peint l'impression, sous laquelle leurs auteurs écrivaient. Ceci démontre la profonde sagesse qui apparaît dans chaque titre pontifical, et la conformité qui en résulte. Cette observation est de grande importance pour l'explication de la pensée dominante dans cette étude, exclusivement consacrée à la défense de la Suprématie divine de l'Eglise Catholique. Un exemple le rendra évident. Un grand nombre d'articles portent le nom générique de *Pasteur*; or, les uns et les autres ont leur signification distincte. Quatre se ressemblent tellement, que l'on dit: le pasteur du berail de Jésus-Christ, le pasteur de tous les troupeaux, le pasteur suprême des brebis, le pasteur suprême du divin troupeau. Et malgré la grande identité de l'idée que renferment ces expressions, bien que l'on pût ne faire l'emploi que d'une seule, dans l'énonciation d'un jugement, j'ai pensé qu'elles devaient être distinctes, et n'être point omises. En effet, quant Saint Ambroise parle du berail de Notre Seigneur Jésus-Christ, sa pensée se reporte sur la Catholicité toute entière, considérée comme un seul et unique corps, tandis que, lorsque Saint Bernard emploie la locution de tous les troupeaux, il les envisage comme repartis et soumis à la vigilance de leurs pasteurs respectifs. C'est ainsi, que le Pape Saint Grégoire X, appelant directeur du troupeau du Seigneur le Vicaire de Jésus-Christ, nous remet en mémoire ces paroles du texte sacré: «Je frapperai le pasteur, et les brebis du troupeau seront dispersées.» De son côté Saint François de Salles ne devait penser qu'à la plénitude du gouvernement de l'Eglise octroyé à Saint Pierre, quand il s'est servi de la métaphore absolue: «le troupeau du Christ.» Je n'ai pas voulu tomber, sans en avertir, dans le défaut littéraire qualifié avec raison par Boileau de «stérile abondance.»

Pourtant ce que j'ai exposé ne suffit point à mon dessein, ce n'est point que le but manque de grandeur en lui même, mais à cause de mon impuissance pour l'accomplir et lui donner toute l'importance que j'avais désirée. Il lui manque d'être présentée et agréée par Sa Sainteté, Notre Saint Père, d'éternelle mémoire, le Souverain Pontife le Pape Pie IX; j'ai voulu surtout rendre mon dictionnaire compréhensible plutôt que faire preuve d'une arrogante érudition. Je désire que vienne bientôt le moment tant désiré qu'ont retardé des circonstances particulières et ce à mon grand regret. Mais, si quelque jour Sa Sainteté daigne dans son paternel amour accueillir avec sa bienveillante bonté, mon imparfait ouvrage, mon livre réunira toute garantie, car il apparaîtra dans le monde sous la protection du plus digne Patron que je puis désirer, sous la protection du Saint Père, Interprète infailible de la foi catholique.

JUAN MARTIN CARRAMOLINO.

Les Lettres qui suivent sont le développement d'une lettre que nous avons eu occasion d'adresser, il y a deux ans, à l'un des membres d'une académie que nous avons fondée à Orléans, sous le nom d'Académie de Sainte-Croix, et dont le programme embrasse précisément les études dont nous traitons dans ces lettres. Cette lettre à un membre de l'Académie de Sainte-Croix ayant été publiée dans le *Correspondant*, a provoqué des adhésions nombreuses, qui nous ont permis de croire qu'elle répondait à toute une situation, et que les conseils qu'elle offre pourraient être utiles à une portion considérable de la jeunesse, et à beaucoup d'hommes du monde, dans toutes les positions et dans toutes les carrières; nous nous sommes donc décidé à traiter plus à fond ce grand et important sujet. Nous croyons utile de placer ici sous les yeux de nos lecteurs le discours par lequel nous avons inauguré cette Académie de Sainte-Croix, qui a été la première inspiratrice de ces lettres.

«MESSIEURS:

«Maintenant que vos réunions sont autorisées, et que vos suffrages ont choisi parmi vous un président, des dignitaires, l'Académie de Sainte-Croix est fondée; et je vois en ce moment avec bonheur se réaliser un vœu que j'avais formé, je l'avoue, depuis longtemps.

«Notre ville d'Orléans n'est pas seulement la ville des grands souvenirs, des glorieuses délivrances; elle n'a pas seulement abrité de courageux citoyens derrière ses vaillants remparts: vous le savez, autrefois elle était florissante par ses écoles renommées, par

ses maîtres illustres, par ses jurisconsultes dont le nom est immortel, et par le concours de cette nombreuse jeunesse qui venait quelquefois, des contrées les plus lointaines, y étudier les sciences divines et humaines, dans la paix de son enceinte tranquille, et dans le charme exquis de ces mœurs austères et douces qui savaient se conserver à la fois graves et hospitalières.

«Dans cet Orléans qui a su si bien garder la dignité de son caractère, où les vieilles traditions n'ont pas péri, où les familles savent se défendre contre les envahissements en même temps que se prêter à toute alliance et toute amitié honorable; dans cette ville où le culte des belles et bonnes choses s'est maintenu, à côté des sociétés savantes qui l'honorent depuis longtemps déjà, il y avait place encore, au vaste champ des lettres, pour une société nouvelle. Vous surgissez, Messieurs, et vous serez un foyer de plus qui nourrira au milieu de nous la flamme antique et perpétuera, en dehors de toutes les exclusions de parti et des agitations politiques, la tradition des saines et grandes études, et la généreuse activité des Lettres.

«C'est la gloire des Lettres, Messieurs, de résider sur ces hauteurs sereines dont parlait autrefois le poète:

Edita doctrina sapientum templa serena;

dans ces régions de lumière et de paix, où n'arrive pas le bruit des âpres intérêts et des luttes passionnées, mais où les esprits se rapprochent, où les cœurs se rencontrent dans le culte élevé et le commerce délicat des choses de l'âme.

«C'est là, sur ce terrain neutre et pour ainsi dire sacré, sur ce sommet pacifique, que vous avez bien voulu, Messieurs, à l'invitation de votre Evêque, vous réunir pour mettre en commun vos talents, vos lumières, vos expériences et vos travaux: voilà, Messieurs, ce dont je suis heureux et fier, ce dont je vous demande permission de vous féliciter et de féliciter cette ville.

«Bien des progrès, et des progrès glorieux, seront l'honneur de notre temps. Les Sciences étendent chaque jour leur empire, soumettent de plus en plus la matière au service de l'esprit, et enrichissent la vie de leurs utiles et fécondes inventions.

«Mais les Lettres, Messieurs, c'est-à-dire la culture exquise de l'âme, la fleur de la civilisation et de l'urbanité, sont une richesse aussi, qu'il ne faut pas délaisser: elles sont tout à la fois un charme, une lumière, une puissance.

«Et je dois l'ajouter: elles font partie de la fortune nationale, elles sont une des grandes gloires de notre patrie; par elles, l'esprit français a conquis en Europe un rang qui n'est pas contesté.

«Eh bien! vous réunir, Messieurs, pour de sérieux travaux littéraires, substituer à l'isolement qui fait la faiblesse, l'union qui double les forces, associer vos intelligences et vos efforts, pour qu'il y ait dans cette cité et en France un centre de plus où rayonnent les Lettres, pour qu'Orléans s'élève plus haut encore parmi les cités françaises fidèles à l'esprit français, c'est une noble et grande pensée qui vous honore, Messieurs, et qui honore ce pays.

«Ce n'est pas tout: il y a une pensée encore plus haute et plus jéconde dans la fondation de votre Société.

«Ah! assurément, j'aime les Lettres, et volontiers je dis avec le poète:

Quarum sacra fero, ingenti percussus amore.

«Toutefois, je ne puis dire:

Dulces, ante omnia, musæ!

«Il est pour moi, Evêque, quelque chose de plus grand et de plus cher encore.

«Et ce qui comble, à mes yeux, la joie de cette réunion, c'est que tous vous avez compris l'harmonie qu'il y a entre les bonnes et hautes études, entre ce que le grand sens des générations a si bien nommé les *Belles-Lettres*, et cette autre grande et sainte chose qui inspire et couronne tout, la Religion. Par là, Messieurs, par cette direction religieuse donnée à vos travaux, par cette alliance, au sein de votre société, entre les *Belles-Lettres* et les *Lettres Chrétiennes*, vous n'avez certes pas borné, vous avez élevé, agrandi sans limites l'horizon de vos études.

«Il y a donc tout à la fois, Messieurs, dans votre réunion, le mouvement heureux des esprits et des cœurs inclinés depuis long-

temps parmi nous à des rapprochements désirables; il y a l'heureux besoin de se voir, de s'entendre, dans l'oubli absolu de tout ce qui sépare et divise ici-bas, et de s'aider les uns les autres pour la grande culture de l'intelligence et l'intérêt supérieur des âmes; et enfin, Messieurs, il y a le désir qui presse aujourd'hui tous les bons et nobles esprits, de renouer l'ancienne et glorieuse alliance, malheureusement rompue au dernier siècle, entre la Foi et les Lettres, entre la Religion et les Sciences, entre l'Eglise et la Patrie.

« Je suis donc heureux, Messieurs, d'inaugurer cette société qui commence aujourd'hui, modestement, sans bruit, comme il convient, mais qui peut grandir et être un jour pour cette ville une illustration et un bienfait. Car qui peut savoir ce que lui réserve l'avenir, avec des hommes comme ceux que je vois ici ?

« Permettez-moi de le dire, Messieurs, en toute simplicité, malgré la réserve que votre présence me commande. En jetant mes regards sur ceux qui m'entourent, je ne puis m'empêcher d'être frappé et charmé tout à la fois de l'heureuse variété de talents, d'études, je dirai même d'âges et de positions, que votre société renferme. Si je le fais observer, Messieurs, c'est que, pour chacun de vous, une telle association, il me semble, est un honneur, un encouragement, une espérance.

« Je vois ici d'honorables magistrats à qui l'élévation de leur caractère, leurs lumières, leurs services concilient si bien l'autorité et le respect.

« Je vois près d'eux, entourés aussi d'une si juste considération, les représentants de la science, dont la présence ici atteste l'alliance, au sein de votre société, des Sciences et des Lettres.

« Le barreau vous a prêté quelques-uns de ses orateurs distingués.

« Le clergé a trouvé au milieu de vous un accueil digne de votre religion et de votre cœur.

« Plusieurs d'entre vous ont déjà honoré leur nom par des publications remarquables. Presque tous, même les plus jeunes, vous avez donné aux lettres des gages sérieux.

« Tous enfin, hommes mûrs dans la force de la pensée, ou jeunes hommes dans l'ardeur de l'âge, un même zèle vous anime pour les nobles travaux de l'esprit, pour les graves et fécondes études. Comment, Messieurs, votre Evêque pourrait-il ne pas concevoir en son cœur, en vous voyant, une espérance ?

« Mon regret, Messieurs, mon très-vif regret, c'est que l'accablement croissant de mes occupations et la sollicitude de la charge pastorale qui pèse en ce moment sur moi plus que jamais, ne me permettent pas de prendre à vos importants travaux toute la part active que je désirerais. Je voudrais pouvoir dire encore avec le poète : « Dieu m'a donné ces loisirs. »

Deus nobis hæc otia fecit!

« Du moins, s'il ne m'est pas permis de vous offrir un concours assidu, je n'ai pas besoin de vous répéter avec quel vif intérêt je m'associerai à vos études, et combien je serai heureux d'applaudir à vos succès. Les lettres, vous le savez, n'ont jamais trouvé l'Eglise indifférente, et quand des liens aussi étroits ne m'uniraient pas à vous, ce n'est pas dans la patrie de Théodulphe qu'un évêque pourrait demeurer étranger et insensible à une société de Lettres chrétiennes. »

LETTRES

A UN MEMBRE DE L'ACADÉMIE DE SAINTE-CROIX

sur les études qui peuvent convenir aux loisirs d'un homme du monde.

Cette Académie de Sainte-Croix que nous inaugurions par ces paroles a réalisé nos espérances. Elle a mis dans notre ville épiscopale, parmi les pères de famille et la jeunesse, un nouveau et fécond mouvement d'esprit, qui s'est traduit soit par les travaux variés que l'Académie a vus naître dans son sein, et dont un choix a paru cette année-ci même dans un très-remarquable volume (a), soit par d'importants ouvrages publiés en dehors de l'Académie

(a) *Etudes chrétiennes de littérature, de philosophie et d'histoire*. In-8, Paris, chez Eugene Belin.

par quelques-uns de ses membres. Nous ne doutons pas que dans les grandes villes de nos provinces, il n'y ait, pour de pareilles sociétés littéraires et chrétiennes, des éléments épars, qui n'attendent qu'une inspiration, une parole, pour se grouper, et nous verrions avec bonheur, quant à nous, de pareils foyers d'études religieuses se propager dans notre pays.

Ces *Lettres aux hommes du monde* forment le dernier des six volumes qui composent notre ouvrage sur l'*Education*, et la *Haute éducation intellectuelle*. Nous sommes heureux, en terminant, de rendre hommage à tous les hommes dévoués qui, par amour de la jeunesse et de l'Eglise, ont parcouru en même temps que nous et parcoururent encore cette laborieuse carrière de l'enseignement. Depuis trente ans, j'ai suivi attentivement leurs travaux, et lu, souvent avec admiration, leurs ouvrages et leurs discours, et j'ai largement profité de leurs expériences, de leurs lumières, quelquefois même de leurs paroles. En posant la plume, je demande à Dieu que ces pages, qui ont occupé tant d'années de ma vie, ne soient pas inutiles au progrès de la grande œuvre qui me les inspira.

PREMIERE LETTRE.

NÉCESSITÉ DU TRAVAIL ET DE L'ÉTUDE POUR CEUX QUI N'ONT PAS DE CARRIÈRE ET POUR CEUX QUI EN ONT UNE.

MON CHER AMI,

Il est, dans notre état actuel de société, une situation qui a bien souvent appelé la plus sérieuse attention des hommes réfléchis : c'est celle de ce grand nombre de jeunes gens et d'hommes qui ont de la fortune, ou simplement de l'aisance et des loisirs, et qui, par suite de circonstances plus ou moins indépendantes de leur volonté, n'ont pas pris de carrière. Quel emploi font-ils, et que emploieraient-ils faire de ces loisirs, pour le développement de leur intelligence et la culture de leurs talents ? C'est là une grave préoccupation, dont il est impossible de se défendre, quand on s'intéresse à son pays et à son temps, et sur laquelle, puisque vous le désirez, je serais charmé de vous dire ici, dans la simplicité d'une correspondance familière, mes expériences et mes pensées ; et peut-être les conseils que je trouverai là occasion d'offrir, soit à vous d'abord, soit à vos collègues, pourraient-ils avoir, au besoin, une portée plus générale, et devenir profitables à tous ceux qui en sentiraient l'utilité et voudraient bien les accueillir.

Je saisis d'autant plus volontiers l'occasion que vous m'offrez de dire ma pensée à cet égard, que mon intention était précisément de terminer par quelques réflexions sur cette matière mon grand travail sur l'éducation ; car l'éducation étant, selon moi, dans un certain sens, non pas seulement l'œuvre de la jeunesse, mais l'œuvre de toute la vie, je devais, pour aller jusqu'à bout de mon sujet, après avoir dit comment de l'enfant on fait un homme, dire aussi comment et par quelle suite de travaux personnels l'homme continuera lui-même à se développer encore, à s'ennoblir, à s'élever jusqu'à la fin, comme c'est son devoir et son honneur. Vous m'offrez donc, mon ami, l'occasion de donner à mon ouvrage son couronnement : je vous en remercie.

I

Il y a parmi nous une démarcation profonde entre les hommes du monde et les hommes d'étude ; c'est-à-dire que généralement, dans le monde, à très-peu d'exceptions près, quand on n'est pas littérateur ou savant de profession, et qu'on n'a pas embrassé une carrière, on n'étudie plus : on croit devoir cesser tout sérieux travail d'esprit dès qu'on est sorti du collège (a).

(a) Un de mes amis, qui a lu ces pages dans le *Correspondant*, où elles ont paru d'abord, m'écrivait à ce propos : « Cette démarcation existe dans ma province, non-seulement en fait, mais en principe. Il y a chez nous, en général, dans la bonne compagnie, un préjugé hostile aux études sérieuses : il y a tel salon où un homme de la meilleure noblesse ne serait pas aussi bien reçu s'il était en même temps homme de lettres ; comme si, par là, il avait dérogé. On dirait un retour à ce préjugé du moyen âge, où la noblesse renvoyait avec dédain la lecture aux clercs, et se flattait de ne savoir que guerroyer. On ne savait pas lire alors ; mais ou moins, on guerroyait : aujourd'hui on sait lire, mais on ne lit pas, et on ne guerroye plus. »

Je dois dire toute fois que, non obstant la démarcation dont nous parlons, ca

Le chancelier d'Aguesseau n'était pas dans ces pensées, lorsqu'il écrivait autrefois à son fils ces graves paroles: «Ne croyez pas avoir tout fait, parce que vous avez fini heureusement le cours de vos premières études: un plus grand travail doit y succéder, et une plus longue carrière s'ouvre devant vous. Tout ce que vous avez fait jusqu'à présent n'est encore qu'un degré ou une préparation pour vous élever à des études d'un ordre supérieur.»

Je ne sais s'il se trouverait aujourd'hui beaucoup de pères pour tenir à leurs fils ce langage: on reconnaîtra du moins que les paroles de ce grand magistrat s'appliquent merveilleusement aux études et aux jeunes gens d'aujourd'hui, surtout à ce nombre considérable de jeunes hommes qui ne prennent pas de carrière, et desquels on dit communément dans le monde qu'ils ne font rien.

Je n'ai pas à rechercher ici quelles causes ont amené cette fuite des carrières, cette retraite dans la vie privée, ni jusqu'à quel point tout cela est légitime et honorable, ni quelles compensations on pourrait y trouver; j'ai dit ailleurs, et assez fortement, ma pensée sur tous ces points.

Mais la situation étant donnée, et me plaçant ici au point de vue particulier des études libérales, et de ces travaux de l'esprit, qui non-seulement pourraient offrir un noble et charmant emploi des loisirs, mais sont de plus si bien faits pour donner à un homme sa valeur personnelle, je me demande ce que deviennent et ce que pourraient devenir, à ce point de vue, les jeunes gens et les hommes de fortune et de loisir qui n'ont pas de carrière.

Et d'abord, les jeunes gens, que font-ils? A quoi se passent leurs longues journées? Que demandent-ils aux riches facultés que Dieu souvent leur a données? Que savent-ils tirer d'eux-mêmes? La vérité est qu'un grand nombre, les premières études terminées, ne font plus rien, pas même leur Droit; car est-ce faire son Droit que de le faire avec la légèreté, la vulgarité qu'on y met si souvent, sans rien prendre de haut, sans rien approfondir, pour se hâter ensuite, les premiers grades reçus, de fermer les livres de Droit comme on a fermé tous les autres?

Je vous le demande, mon ami, une jeunesse ainsi passée, quand elle ne ruine pas absolument l'esprit, le cœur, la vie entière, quels fruits produit-elle? quels talents peut-elle développer? quels hommes prépare-t-elle pour l'avenir d'un pays?

Je prends les meilleurs de ces jeunes gens; — ceux qui, grâce à des influences d'éducation et de famille, ont eu le bonheur de se conserver bons et honnêtes, — la jeunesse écoulée, que deviennent-ils? Savent-ils alors du moins s'occuper? Non: hommes faits, ils continuent l'oisiveté d'esprit où s'est passée leur première jeunesse: ils s'en tiennent à ces études classiques, d'ordinaire si médiocres; et, satisfaits des commodités avantageuses d'une existence assurée et tranquille, ils passent le reste de leur vie dans l'abandon de tout travail intellectuel, non-seulement sans rien produire, mais sans jamais rien étudier avec constance, sans rien apprendre à fond; les moins désœuvrés, avec un semblant d'occupation qui les trompe et les amuse, mais ne les mène à rien, ni pour eux, ni pour les autres.

Plusieurs lisent, je le sais, et beaucoup trop quelquefois. Car que lisent-ils, et comment? Avec quelle méthode, quelle suite, quelle application? Ces lectures, je les ai prises sur le fait; j'en ai vu de ces jeunes gens, dans leur cabinet, enveloppés de leur robe de chambre, étendus dans leur fauteuil et les pieds sur leurs chenets, un livre frivole, un roman, à la main: c'était tout. D'autres choisissent mieux leurs livres, mais lisent sans jamais prendre une note, rien rédiger, rien résumer. Je me souviens d'avoir vu dans quelques papiers de M. de Talleyrand ces paroles: «Il est bien plus doux et plus paresseux de lire que d'écrire.» Lire, et faire de sa lecture un travail; lire et profiter de sa lecture, c'est ce qui se fait rarement.

Et que dire, mon ami, de ceux qui ne lisent même pas; rien, jamais; qui non-seulement ne sont pas de force à lire en entier un livre, quel qu'il soit, si ce n'est un roman, mais ne peuvent pas même aller jusqu'au bout d'un article de revue un peu sérieux? Oui, il y a des femmes du monde, des hommes du monde, des jeunes

gens, qui en sont là! J'en ai connu à qui j'avais fait prendre un abonnement au *Correspondant*, pour les forcer à lire au moins une fois par mois quelque chose d'utile, et qui m'ont avoué que cela même était trop fort pour eux; leur esprit n'en pouvait pas tant porter! Non, il le faut dire, l'attrait, le goût n'est pas là; il est ailleurs. Et on le voit bien, quand on les rencontre dans l'exercice le plus important de leur journée, la promenade *au bois*, et cela quelquefois, dès le matin, à ces heures si favorables pour le travail d'esprit: eux, ils vont, dans leur élégant tilbury, les guides à la main, le cigare à la bouche, leur groom à côté d'eux, avec un air de satisfaction qui semble dire: «Je suis un homme et je jouis de la vie!» oubliant totalement dans ce contentement d'eux-mêmes leur parfaite nullité.

Et cependant ceux qui lisent le moins ne sont-ils pas souvent ceux qui auraient le plus besoin de lire, et le plus de temps pour le faire?

Voilà, sans aucune exagération, — qui ne le sait? qui ne l'a vu? — la vérité des choses sur une infinité de jeunes gens et d'hommes, admirablement doués quelquefois, qui pourraient tirer beaucoup d'eux-mêmes, s'ils savaient cultiver leur intelligence, et auxquels il ne manque, pour devenir des hommes distingués, supérieurs peut-être, qu'un meilleur emploi de leur temps et de leur vie.

Or, que cette perte du temps et de la vie soit lamentable, et toute cette situation profondément triste, c'est ce que sentent et avouent ceux-là mêmes qui s'y résignent.

Les futilités plaisirs peuvent amuser quelque temps, à l'âge de l'irréflexion et de la légèreté; mais on finit bientôt par en sentir le vide; la satiété, le dégoût, l'ennui ne tardent pas à arriver.

Il ne se peut pas qu'on écarte toujours toute réflexion, qu'on ne se dise parfois à soi-même: «Mais à quoi bon ma vie, et que fais-je sur la terre? Inutile aux autres et à moi-même, absolument stérile, est-ce pour cela qu'un homme, qu'un chrétien est ici-bas?»

Et si ce n'est pas l'aiguillon des nobles pensées qui vient secouer l'habituelle oisiveté, la molle inertie, on ne peut échapper du moins à un triste regard sur soi, ni même toujours à la douloureuse conscience de son infériorité. On a beau faire effort pour y échapper, soit en pensant qu'on est, après tout, comme tant d'autres qui ne font rien, soit en se disant avec complaisance qu'il suffirait de le vouloir pour faire tout autant et peut-être mieux que ceux qui font quelque chose; on sent, bon gré, mal gré, qu'on s'affaiblit, qu'on s'annule, qu'on se réduit à rien.

Le fait est que dans une telle vie, les plus riches dons reçus de Dieu périssent; l'esprit s'émousse, l'activité de la pensée se ralentit, tout élan de l'âme s'arrête. En peu de temps, avec quelque talent que l'on soit né, on devient un homme ordinaire; et si l'on n'a qu'un esprit médiocre, il est difficile de dire jusqu'à quelle vulgarité d'âme et de vie on peut descendre. Qui n'a vu cela autour de soi?

D'ailleurs, mon cher ami, quoi qu'on fasse, il faut traiter avec les hommes; et sans cesse, dans les relations du monde, on a d'humiliantes révélations du peu que l'on est, de son impuissance à manier une affaire, à exercer un ascendant, à prendre une autorité quelconque, dans une assemblée; et je ne parle pas seulement des grandes assemblées du pays, des conseils généraux, d'un Corps législatif, d'un Sénat; je parle de la moindre assemblée où l'on se rencontre avec ses égaux, quelquefois avec ses inférieurs: d'un bureau de bienfaisance, d'un conseil de fabrique, dont on est le président, où l'on se trouve avec les hommes importants du village et auxquels, pour cela même, il faut savoir parler raison: je parle du plus simple conseil municipal où l'on est appelé, ne fût-ce que par sa fortune et à titre de plus imposé, et où l'on est quelquefois incapable de défendre, contre les sophismes et les sarcasmes grossiers du philosophe de l'endroit, ni les intérêts de la religion, ni ceux de la commune, ni les besoins de la charité et des pauvres.

Croira-t-on trouver une compensation dans la vie privée, dans le bonheur de la famille? Eh bien! à ne regarder même que l'existence privée, eût-on en effet ce grand bien d'une vie de famille heureuse, et, avec toutes les douceurs d'une alliance bénie de Dieu, les affections et le repos du foyer domestique, je dis que ce commode bonheur et ces tranquilles vertus ne suffisent pas longtemps à eux seuls pour remplir l'âme, occuper les longues heures du jour, et tenir lieu de tout sur la terre.

préjugé n'existe pas partout, du moins à ce degré, et qu'au contraire un homme de haute naissance, un jeune homme surtout, s'honore auprès des personnes sensées, par cela seul qu'on lui connaît le goût de l'occupation et du travail sérieux.

Outre que la conscience de son inutilité est pour tout homme de cœur, et surtout pour tout chrétien, un pesant fardeau, il faut ajouter qu'un homme qui ne fait rien fait bientôt le mal : et quand il n'irait pas aux excès qu'enseigne l'oisiveté, il n'en serait pas moins tristement à charge à lui-même et aux autres. Qui ne sait combien un homme oisif pèse dans sa famille, sur sa femme, sur ses enfants, sur tout le monde? La pauvre femme qui ne fait pas un pas dans la maison sans le trouver toujours là, en face d'elle, désœuvré et chagrin, ne peut s'empêcher quelquefois, fût-elle la meilleure et la plus douce créature, de dire tout bas : « Oh ! que n'a-t-il donc quelque chose à faire, et que n'étudie-t-il, n'importe quoi ! » Mais cet homme donne de plus un exemple déplorable à ses fils. L'expérience m'a démontré qu'il n'y a rien de plus difficile que de faire travailler et d'élever sérieusement un enfant dont le père ne fait rien. Quand on lui dit : « Que ferez-vous un jour ? » il a une prompte et simple réponse : Je ferai comme mon père. »

Assez souvent j'ai averti de ce péril et déclaré bien haut à ceux que cela regarde (a) où aboutit la fuite du travail, dans quels malheurs l'inertie et l'oisiveté précipitent les grands noms, les grandes familles, les grandes fortunes. Je n'ai rien à en redire ici ; mais il y aurait sur ce point une curieuse et effrayante statistique à faire.

II

Mais, mon cher ami, cette première classe de jeunes gens et d'hommes du monde n'est pas la seule chez qui cette perte du temps et cette absence du travail élevé de l'esprit se fassent tristement remarquer : ma pensée s'est souvent arrêtée, avec regret, sur d'autres hommes, sur d'autres vies plus occupées, où cependant bien des loisirs m'apparaissent encore ; loisirs qu'on emploie en pure perte, en futilités, étonnantes chez des hommes graves, quand il serait si facile de consacrer une partie de ces loisirs à étendre ses connaissances et à se donner une féconde culture d'esprit.

Je m'explique.

Ma conviction est que dans les carrières les plus libérales, il se fait une déperdition de temps et de forces considérable, et que si chacun voulait s'interroger, beaucoup trouveraient qu'ils ne font pas ce qu'ils peuvent faire, et par suite qu'ils ne sont pas ce qu'ils devraient être.

Parcourons les différentes carrières sociales, depuis les plus élevées jusqu'aux plus humbles. Voici d'abord les magistrats, les hommes du barreau : carrières éminemment honorables. Eh bien ! aux jeunes magistrats, aux hommes du barreau, j'oserais conseiller de ne pas s'emprisonner dans leurs études spéciales, d'en sortir quelquefois, et de porter sur d'autres branches du savoir humain l'activité d'un esprit si bien préparé d'ailleurs par ces études mêmes. Je n'ignore pas combien une vie de magistrat, d'avocat est noblement occupée ; néanmoins, qui ne sait ce qu'un grand nombre d'entre eux ont de loisirs, dont ils pourraient tirer grand profit pour d'autres travaux ? Pourquoi, par exemple, ne pas unir à la science du Droit et des affaires, les études littéraires, historiques, philosophiques ? Dans ces études, dans cette haute culture de l'esprit et de toutes les facultés brillantes de l'âme, il y a plus encore qu'un charme : il y a une lumière et un secours pour la science du Droit elle-même et pour le talent de la parole. Est-ce que la parole d'un magistrat ou d'un avocat lettré, comme l'étaient d'Aguesseau, Patru, Cochin, philosophe érudit comme Portalis l'ancien, versé dans l'histoire comme le président Hénault, profondément instruit de sa religion comme le fut Domat et notre Pothier, comme l'étaient Mathieu Molé, Lamignon, tous les grands magistrats du XVII^e siècle : est-ce que la parole, dis-je, d'un tel magistrat, d'un tel avocat, n'emprunterait pas à ces connaissances une élévation, une gravité, un attrait, une dignité, une puissance de plus ? Est-ce qu'il n'y a pas entre les facultés de l'esprit humain de secrètes harmonies ? Est-ce que toute culture élevée, généreuse, féconde, ne profite pas, en définitive, à l'esprit lui-même, et ne grandit pas l'homme tout entier ?

Ce que je dis des magistrats et des avocats, de combien d'autres ne pourrais-je pas le dire ? C'est une noble profession et qui exige une sérieuse culture intellectuelle que celle des ingénieurs ; mais

leurs sciences spéciales, ce sont les sciences exactes. Or, y a-t-il tout dans ces sciences ? Et si importantes qu'elles soient, s'y tenir rigoureusement cantonné, ne serait-ce pas se fermer plus d'un grand horizon, et laisser en souffrance de riches facultés et de nobles besoins de l'âme ? Au contraire, unir aux savants travaux des ponts et chaussées de belles et intéressantes études littéraires ou sociales, comme M. le Play, comme M. le baron Dupin, comme on nous en offre le modèle dans notre ville même d'Orléans, n'est-ce pas s'honorer, s'élever, s'agrandir encore ?

Et les militaires eux-mêmes ! Qui ne connaît les loisirs, les ennuis et les dangers de la vie de garnison ? Il n'y a pas de carrière ou le désœuvrement soit poussé plus loin, on le sait : à une telle vie, les jeunes gens, quelquefois si distingués, qui sortent de nos écoles Polytechnique et de Saint-Cyr, ne peuvent rien gagner pour leur développement intellectuel, rien pour la vie morale et chrétienne ; et si tout d'abord ils ferment les livres, s'ils se désaccoutument de l'étude sérieuse, s'ils passent au café les loisirs qui leur restent, s'ils ne savent lire que le *Sicéle*, il ne se peut qu'à la longue leur esprit n'en souffre étrangement, et que, malgré les manières élégantes dont ils conservent encore les apparences, on ne sente en eux, quand on les fréquente, une pensée qui ne se meut plus que dans un horizon abaissé, et quelquefois même une langue qui n'est plus assez celle de la société française. Et cependant, que de ressources n'offrent pas à un militaire studieux les bibliothèques de nos grandes villes ! Je suis sûr que les hommes remarquables que nous avons en si grand nombre dans l'armée, sont ceux qui ont su mettre à profit ces ressources et ces loisirs. La bibliothèque du Sénat, par exemple, est très-riche en belles collections militaires ; c'est là, et ailleurs, qu'il faut lire nos grandes campagnes, et, j'y ajouterai, même dans les récits de nos adversaires : les anglais, les allemands et les russes ont des ouvrages sérieux qui complètent et quelquefois corrigent les nôtres.

Et tous ces jeunes sous-lieutenants, auxquels Louis XVIII disait agréablement à Saint-Cyr qu'ils portaient dans leur giberne le bâton de maréchal de France, ne devraient-ils pas étudier tout cela, et bien d'autres choses encore ?

Quoi qu'il en soit, on peut affirmer qu'un jeune officier, capable d'un travail suivi et intelligent, acquiert par cela seul une juste considération dans le monde, et, je l'ajoute pour l'avoir vu, l'estime et même la confiance de ses camarades. Il n'est pas besoin d'ailleurs qu'on dise d'un militaire : « C'est un écrivain ; il a fait un livre, » pour lui gagner les suffrages ; il suffit qu'on dise : « Il s'instruit ; il est appliqué ; » et le voilà dès lors grandement distingué. D'où vient cela ? C'est que non-seulement son esprit s'est poli, élevé dans ce noble commerce avec d'autres esprits ; mais sa vie morale surtout a été ennoblie par le généreux effort qui lui fait subir librement la grande loi du travail. Quoi qu'il en soit, il me semble, mon ami, que de telles pensées ne peuvent être mal venues dans la patrie de Vauban, de Catinat, de Berwick, de Turenne et de Condé.

N'est-il pas vrai encore que, dans nos innombrables administrations, dans nos bureaux de toutes sortes, une quantité d'hommes, de jeunes gens, s'ils ne se désaccoutumaient pas déplorablement du travail d'esprit, pourraient trouver aussi un temps précieux pour de nobles et religieuses études ?

Et parmi les hommes d'affaires, les hommes de finance, et ces hommes du haut commerce, qui ont quelquefois tant de talent naturel, combien n'y en a-t-il pas qui, avec une sage direction et une volonté persévérante, pourraient se mettre, par la culture de leur intelligence, à la tête d'une cité !

Je le dirai à tous ces hommes : « Mais n'est-ce pas même là un besoin pour vous ? Quand vous sortez de vos bureaux ou de vos comptoirs, ne sentez-vous pas qu'il vous faut un air plus pur et un horizon plus large ? que votre âme, fatiguée, resserrée, demande à respirer, à se dilater plus à l'air dans une région plus élevée ? »

« Mais, me direz-vous, après une journée consacrée aux affaires le seul besoin que l'on éprouve, c'est de retrouver sa famille ; c'est de se réunir, de se retremper dans une causerie d'amis ou un honnête divertissement. » J'admets ce besoin, et suis loin d'y contredire ; mais ce qui reste vrai, néanmoins, c'est qu'il serait possible et désirable de trouver aussi quelque temps pour la vie intellectuelle ; c'est qu'il y a dans la culture de l'esprit, pour des hommes considé-

(a) *De l'Éducation*, vol. I, liv. IV, ch. IV et V.

rables et considérés dans leur pays, une nécessité de premier ordre, qu'il ne faut pas sacrifier.

Du reste, je suis heureux de le reconnaître, depuis trente ans, l'industrie, le commerce, les grandes compagnies se sont recrutés parmi les hommes de la plus haute valeur, qui, ne voulant pas être fonctionnaires, voulaient néanmoins, honorablement pour eux et leur famille, la fortune et l'indépendance. Et parmi ces hommes, il y en a qui ont su allier le culte des lettres aux plus grands travaux industriels.

De bonne foi, je le demande à tout jeune homme intelligent, à ceux-là même qui travaillent dans des bureaux plusieurs heures chaque jour: «Quoi! vous ne pourriez pas trouver, le matin ou le soir, régulièrement, une heure ou deux pour des études suivies, qui vous apprendraient une foule de choses que vous ignorez?»

Non, ce n'est pas ici une question de temps; c'est une question de bonne volonté. Il s'agirait de comprendre ce qui vaut le mieux pour vous: de la paresse du matin et des fútiles amusements du soir, ou des études sérieuses qui pourraient combler tant de lacunes dans vos connaissances, et vous donner une valeur intellectuelle que vous n'avez pas et que vous pourriez avoir. Embrassez moins de choses, je le veux bien, n'ayez qu'un cercle d'études circonscrit; mais ayez au moins quelque travail suivi, qui entretienne la vigueur de votre intelligence, et empêche cette rouille que contracte à la longue tout esprit qui ne s'exerce pas.

Vous, artistes, qui sculptez le marbre, ou qui animez la toile, est-ce que vous ne sentez pas que les arts touchent aux lettres, à la poésie, à l'histoire, à la religion, et que le commerce avec les grands génies de l'antiquité et du Christianisme ne peut qu'élever votre âme et y susciter l'enthousiasme?

N'a-t-on pas même vu autrefois des imprimeurs, des libraires, les Estienne, par exemple, nom mémorable, qui marchaient à l'égal des premiers hommes de leur temps pour l'érudition et la science? Aujourd'hui nous avons encore dans nos grands typographes MM. Mame, Didot, Hachette, Delalain, Dénobry,—pour ne nommer que ceux-là,—des hommes d'une vraie culture d'esprit, en même temps que d'une grande capacité industrielle: pourquoi nos imprimeurs et nos libraires ne seraient-ils pas tous lettrés, dans cette mesure au moins qui est si nécessaire à leur profession?

Vous le voyez donc, mon ami, j'invite aux études suivies, élevées, libérales, religieuses, non pas seulement les jeunes gens, les hommes de fortune et de loisir qui n'ont pas de carrière, mais encore les hommes qui en ont une, quelle qu'elle soit, judiciaire, administrative, militaire, industrielle ou commerciale. Assurément, ce n'est pas l'abandon de leur profession spéciale que je viens conseiller à ceux-ci; mais ce que je maintiens, c'est qu'il ne leur est nullement impossible, et qu'il leur serait infiniment avantageux, d'élargir leur horizon, d'élever le niveau de leur esprit, et c'est à eux aussi, dans la mesure qui convient, que s'adressent les conseils que vous me demandez et que je commencerai dans ma prochaine lettre à vous offrir.

EL FILIBUSTERISMO LABORANTE

La completa inutilidad de las tentativas hechas de algun tiempo á esta parte para arrancar á España por la fuerza de las armas los preciosos restos de sus posesiones ultramarinas, y los gravísimos peligros de todas especies á que se ven expuestos los que concurren á las expediciones invasoras ó á los levantamientos interiores realizados con tal objeto, han dado lugar en nuestra época á una nueva fase del filibusterismo, que todo lo espera del tiempo, de la astucia y de los mismos errores cometidos en la Metrópoli, y cuyos sordos trabajos están reducidos á utilizar hábilmente cuantos recursos pueden conducir de una manera más ó menos directa á la realización de sus culpables fines, valiéndose de la impunidad que les ofrecen las rivalidades políticas y la impotencia de la ley para reprimir determinadas maniobras.

Pregúntese á los leales que desde hace cinco años luchan en Cuba para mantener la integridad del territorio español, sacrificando generosamente su tranquilidad, su bienestar y su vida; pregúnteseles quiénes son los enemigos más terribles de la patria, los que esterilizan sus esfuerzos, los que han hecho posible la prolongación de la guerra que

todavía devasta la grande Antilla, y no contestarán ciertamente que las hordas armadas, compuestas de ilusos, de aventureros mercenarios y de foragidos, é incapaces de resistir á pecho descubierto el empuje de los soldados españoles, no; todos ellos responderán á una voz, con esa unanimidad y esa energía que nacen del convencimiento, que los verdaderos enemigos de España en los asuntos de Ultramar son los *laborantes*, y que sin ellos no habría motivo fundado para temer por la conservación y la paz de aquellas lejanas provincias.

Para convencerse de que esta idea, generalmente admitida al otro lado del Océano, no es una mera preocupación, ni reflejo de las pasiones políticas de los que la sostienen, basta volver la vista atrás, y recordando cuál ha sido la conducta del laborantismo durante los últimos años, examinar á la luz de los hechos los procedimientos que ha empleado en pro de su funesta causa, y la influencia que ha logrado alcanzar sobre una parte de la opinión pública y en las mismas regiones oficiales.

Al estallar la revolución de Setiembre, hallábanse planteados desde hacía algun tiempo dos problemas de inmensa trascendencia para el porvenir de las Antillas españolas: el de las reformas políticas y administrativas que habían de introducirse en su organización, y el de la esclavitud.

Respecto del primero, es indudable que las opiniones se encontraban divididas en cuanto al sistema á que debían obedecer y la extensión que hubiera de darse á las mencionadas reformas; pero también lo es que todos los partidos reconocían en principio su conveniencia y hasta su necesidad, y que gobiernos calificados de reaccionarios manifestaron explícitamente su intención de prepararlas. Era, pues, natural que, triunfantes en la Península las doctrinas de la escuela democrática, y figurando entre los hombres que componían el nuevo Poder algunos de conocidas opiniones reformistas, se pensara desde luego en plantearlas, iniciando los trabajos de asimilación de las provincias á las provincias españolas; y en efecto, con este fin, y creyendo que algunas concesiones en sentido liberal bastarían para extinguir el fuego de la insurrección, cuyo verdadero carácter no se conocía con exactitud, se mandó á Cuba al general Dulce, revestido de las facultades convenientes para que estableciese las libertades de imprenta y de asociación que habían de preparar el camino á todas las demás y acaso hacer posible el ejercicio del sufragio.

Mas como las primeras medidas puestas en práctica en este sentido, á los seis días de haber desembarcado en la Habana el marqués de Castell-Florite, lejos de satisfacer las aspiraciones de los revolucionarios cubanos y de matar la insurrección, produjeron el resultado contrario que atestiguan los sucesos del teatro de Villanueva y del Louvre, y las sangrientas colisiones ocurridas diariamente en las calles de aquella capital; y como se pudo ver de una manera notoria que los rebeldes no aspiraban á menos que á la independencia de la Isla, se suspendieron los decretos dictados, se renunció á continuar la marcha emprendida, y sólo se pensó en rechazar la fuerza con la fuerza, confiando á la suerte de las armas la salvación de la integridad nacional. Desde entonces, justo es decirlo en honra suya, la mayoría de nuestros personajes políticos cedió sin vacilar á la influencia de las circunstancias, y muchos de los más decididos partidarios de las reformas convinieron en aplazarlas para cuando no ofreciesen el peligro de servir de auxiliares á la bandera de la separación.

Pero no se conformaron naturalmente con esa manera de pensar ciertos laborantes, que sin el valor personal necesario para reunirse á sus correligionarios en la manigua, ó convencidos de la ineficacia de los medios violentos, vivían tranquilamente entre nosotros al amparo de leyes que por desgracia les concedían el desahogo necesario para desarrollar sus criminales proyectos, siempre que guardasen las apariencias del patriotismo; y así fué que, cubriéndose con el manto de doctrinas políticas bajo las cuales ocultaban su verdadero pensamiento en el fondo de sus elásticas conciencias, halagando las preocupaciones de los partidos avanzados á quienes prestaban un apoyo más interesado que leal, y afectando una rigidez puritana que sintetizaban en la conocida frase de *sálvense los principios y perezcan las colonias*, emprendieron una incansable cruzada para reclamar el planteamiento inmediato de unas reformas, cuyas consecuencias debían ser la preponderancia de los elementos separatistas en muchos puntos de las Antillas, la facilidad de conspirar dentro de su mismo territorio contra la autoridad de la Metrópoli y la desaparición de los recursos extraordinarios que necesitaba el Poder central para combatir á los insurrectos.

Aparte de que ese estudiado rigorismo les permitía rechazar *a priori* cuantos argumentos se les hacían fundados en el peligro de la dominación española en sus posesiones de Ultramar, los farisaicos defensores de la justicia absoluta indicaban que su sistema era el único capaz de poner término al conflicto pendiente, proclamando un día y otro que semejantes cuestiones sólo pueden resolverse de una manera definitiva

con el criterio de la libertad. Los hipócritas ocultaban, al sostener esto, que las situaciones políticas más avanzadas y las constituciones más liberales del mundo han tenido siempre sus leyes excepcionales para los casos de guerras exteriores ó de rebeliones intestinas; y que cuando se combaten con las armas la sociedad, la independencia ó el orden, lejos de aumentarse la suma de libertades públicas, se suspenden las existentes y se concede al Poder una autoridad dictatorial que le permita defenderlas con mayor energía.

Sin embargo, como, por absurdo que parezca ese modo de discurrir á las personas imparciales, respondía á las exageradas utopías de ciertas escuelas políticas, y era un arma poderosa de oposicion contra los Gobiernos que no le aceptaban; y como en España se desconoce generalmente lo que son y lo que necesitan las provincias de Ultramar, la verdad es que los laborantes encontraron hombres de buena fe y de indudable españolismo que se dejaron ofuscar por sus predicaciones, convirtiéndose en instrumentos inconscientes de los enemigos de la patria. De aquí las continuas protestas contra toda medida de rigor, que coartaban la accion de los delegados del Gobierno y desprestigiaban á los defensores de la integridad; de aquí el temor constante de que un cambio de Ministerio implicase la adopcion de reformas poco meditadas, esterilizando los sacrificios llevados á cabo para concluir con la insurreccion; de aquí la desconfianza de los españoles de América y el sostenimiento del filibusterismo armado: los trabajos de los laborantes servian de rémora al esfuerzo de los unos y de esperanza al decaído aliento de los otros, siendo el verdadero gérmen de la guerra que aún arde en la grande Antilla.

No ha dado ménos campo á tan inicuas maniobras la cuestion de la esclavitud.

Todo el mundo reconoce y confiesa la necesidad de que desaparezca de las Antillas esa terrible y vergonzosa institucion, legada á nuestro siglo por civilizaciones que pasaron; pero mientras algunos espíritus, más filantrópicos que positivos, desean su abolicion inmediata, definitiva y absoluta, como una reparacion debida á la humanidad ultrajada, otros quieren su extincion gradual, preparada y prudente, para evitar los trastornos que puede producir en todas las esferas una reforma social de tan extraordinaria magnitud.

Los partidarios de este segundo temperamento alegan en su apoyo que la servidumbre, aunque contraria á justicia, á los fueros del hombre y á la misma naturaleza, se halla autorizada por las leyes escritas á cuyas asombra se han creado derechos respetables y se ha dado una organizacion especial al trabajo, que no pueden ser desatendidos en ningun tiempo sin ocasionar nuevos daños; que la conveniencia de la sociedad y hasta la de los mismos esclavos exigen que no se proceda á su emancipacion sin ciertas precauciones, porque sería comprometer la tranquilidad de aquélla y abrir á éstos un porvenir desconsolador el revestirles de todos los derechos y deberes de ciudadanos sin darles cierto grado de cultura moral y posibilidad de atender á su subsistencia por medio del trabajo libre; que en los países donde se han olvidado estos principios la abolicion ha ocasionado grandes trastornos, escenas sangrientas y la ruina general, sin verdadera utilidad para los emancipados; y que el mismo Lincoln fué partidario de la extincion progresiva, hasta que la guerra con el Sur le obligó á decretar la abolicion inmediata como un arma contra los confederados, calificándola siempre de triste necesidad.

Los argumentos, como se ve, son fuertes, y adquieren mayor importancia cuando se les aplica á un país que, como Cuba, se halla sumido en una guerra de separacion; pero por lo mismo que la abolicion inmediata podia producir tantos males y comprometer la autoridad española en aquella isla, desquiciando los fundamentos de su actual organizacion, los laborantes se dedicaron á defenderla con celoso empeño, proclamando que era un compromiso de la revolucion y que la lucha no cesaría mientras no se decretase.

El pretexto escogido aparecia tan honroso y tan digno de simpatías, y el dictado de *esclavistas* con que se designaba á los que la combatian suena tan mal en los oídos europeos, que no es extraño cayesen en el lazo gran número de personas dignísimas, ni que guardasen silencio muchas que conocieron sus tendencias. Vióse convertidos en negrófilos á los que todavía conservaban en sus manos huellas indelebles del manejo del látigo; á los que, en vez de emancipar generosamente á sus esclavos, los vendieron para sostener sus prodigalidades ó hacer imposible la confiscacion; y un nuevo peligro de doble aspecto vino á complicar la situacion de nuestras provincias ultramarinas: el de que se acordase la abolicion en un momento de impremeditado entusiasmo, ó que las predicaciones realizadas ocasionaran un movimiento insurreccional de la numerosa poblacion servil que existe en ambas Antillas.

Afortunadamente la prudencia de los Gobiernos y el instinto de la conservacion, que es una ley natural de las sociedades lo mismo que de los individuos, han conjurado hasta ahora la tormenta; pero no por eso es ménos cierto que ha rugido amenazadora sobre nuestras cabezas, y

que en su fondo se ocultaba el laborantismo, siendo el aliento que la sustentaba y el impulso que la imprimia direccion.

Dígase, pues, si no tienen razon nuestros hermanos de Ultramar para considerar á los laborantes como sus más temibles enemigos, y si no es ya tiempo de que caiga la venda de los ojos y la decidida actitud de los españoles haga comprender á esos filibusteros vergonzantes la impotencia de sus habilidosas maniobras. Triste sería siempre ver apartarse de la nacionalidad española unos países que forman parte integrante de su territorio desde que entraron en el concurso de los pueblos civilizados, para caer más ó ménos tarde en poder de una raza extraña que intenta dominar en el mundo sacado del olvido por el esfuerzo de la raza latina; pero, ¡cuánto más lo sería si esa desgracia se consumase por nuestros errores, y por haberla facilitado con el auxilio inconsciente de los que debían estorbarla!

Ceder á la fuerza, sólo revelaría debilidad, no exenta de gloria si se luchaba con heroísmo; dejarse ofuscar por el engaño hasta el punto de servir de instrumentos á nuestros adversarios, nos cubriría de ridículo y de vergüenza á los ojos del Universo, y nos impondría tremenda responsabilidad ante la historia. España entera se halla convencida de esta verdad; y los hechos en que se funda su convencimiento constituyen una leccion preciosa, que, garantizando el porvenir, reducen á la nulidad el laborantismo.

COLABORACION

DEL INTERES POLÍTICO DE ITALIA EN UNIRSE A LAS RAZAS LATINAS

I.

La conmocion profunda causada en Europa por la guerra de 1870 ha completado la destruccion del orden internacional establecido por los tratados de 1815. Ya la revolucion de 1830, y principalmente la de 1848, le habian atacado directamente, la primera echando por tierra el principio de la legitimidad, la segunda inaugurando el de la soberanía popular. ¿Qué venian á ser las doctrinas de la Santa Alianza enfrente de estos dos grandes hechos? ¿Cómo mantener bajo el cayado y la espada á los pueblos que osaban proclamar sus derechos y declaraban no aceptar sino un poder por ellos consentido? Así, á pesar de las pretensiones oficiales de los monarcas, el monumento que ellos elevaran á su dominacion comun se derrumbaba por todas partes. La Francia liberal trabajaba con ardor en su trasformacion, y encontraba generosos imitadores fuera de sus fronteras. Subyugada por el golpe de estado del 2 de Diciembre, no desmayó en su obra; por el contrario, empleando en la política exterior la fuerza que no podia consagrar al desarrollo de sus libertades, atacó al mismo tiempo los dos baluartes del absolutismo, el Imperio de Austria y el Pontificado, y exigiendo del uno la independencia de Italia, y del otro la secularizacion del gobierno, sus armas victoriosas prepararon estas dos capitales transformaciones, y á la sombra de su bandera nació espontáneamente el derecho del libre sufragio, que permite á los ciudadanos escoger sus mandatarios y dirigir así los negocios públicos.

Libre con nuestra ayuda, y más aún por la sabiduría de sus hombres de Estado, por el patriotismo valeroso y desinteresado de su rey, por la heroica inspiracion de un ilustre y glorioso soldado, la Italia llegó á ser á la vez campeón y garantía del nuevo sistema. Con la delicada mision de conservar y neutralizar el poder de la Santa Sede, colocada entre Francia y Alemania, á las que la unian lazos de reconocimiento y de interes, iba á encontrar en su marcha dificultades casi insolubles, que estaba condenada á no superar sino abandonándose al azar de los acontecimientos, aunque no perdiendo de vista jamás el fin hácia el cual la arrastraba una inexorable necesidad.

Era, no obstante, imposible que Italia no guardase en el fondo de su corazon un secreto gérmen de amargura para con nosotros; ella nos reprochaba el abandono de Villafranca, que habia dejado incompleta la obra de su libertad tan ruidosamente anunciada, las desgraciadas tentativas de federacion, y más que todo, nuestra perseverante ocupacion de Roma. Un partido más inquieto que numeroso, pero cuyas excitaciones hubiera sido impolítico desatender, pro-

curaba envenenar estas heridas, pudiéndose ya adivinar la mano de la Prusia. La crisis de 1866 descorrió el velo, cuando Mr. de Bismark, despues de romper el convenio de Gastein, comprendiendo que le era indispensable el concurso de la Italia, lo solicitó sin ningún misterio. Este fué un momento decisivo para la Francia, y no se comprende cómo el soberano elegido por ella misma llevó su impericia hasta el punto de arrojar en los brazos de un rival terrible á un aliado que se le ofrecia con incuestionable sinceridad. En efecto, es hoy un hecho probado que, ántes de aceptar las proposiciones del Gabinete de Berlin, el rey Víctor Manuel consultó al emperador y que, por tanto, éste pudo impedir el tratado y quedar árbitro del conflicto. Prometiendo su apoyo al Austria hubiera obtenido el Véneto y cerrado el paso á la Prusia. Esta política sencilla y patriótica, aconsejada por hombres eminentes, todo lo hubiera salvado; pero vaciló y no supo adoptar ninguna resolución, haciendo decir á Mr. Nigra, por medio del ministro de Negocios extranjeros, que él declinaba la responsabilidad de una decision. Un despacho de 31 de Marzo de 1866, dirigido por Mr. Drouin de Lhouys á Mr. Benedetti y publicado por este último, no deja duda sobre este punto capital por el siguiente pasaje: «En cuanto á las negociaciones del Gabinete de Berlin con Italia, no puedo daros la seguridad de que no haya fundamento alguno en lo que se ha comunicado á Mr. de Bismark relativo á una intervencion por nuestra parte cerca del Gabinete de Florencia. Nuestra posicion con respecto á Italia, en estas circunstancias, está sometida á dos consideraciones importantes. Por una parte, nosotros hemos declarado á los italianos, en la época de las conferencias de Varsovia, como ya lo sabeis, que, si tomaban la ofensiva en el Véneto, harian la causa de sus enemigos. No podemos, por otra parte, animarlos á dar oídos á las proposiciones de la Prusia sin comprometer muy gravemente nuestra responsabilidad, ni hemos pensado que debiésemos encargarnos de suscitar ningún obstáculo al cumplimiento de los destinos de la Italia, separándola de combinaciones cuya apreciacion con entera libertad á ella sola corresponde por completo. En este sentido me he expresado yo con Mr. Nigra. Hé aquí toda la verdad sobre nuestra manera de juzgar.»

En presencia de este triste testimonio de ceguera é impotencia, el ánimo se confunde: desentenderse completamente en una cuestion vital; decir á Italia, que nos pide direccion,—haz lo que quieras,—entonces que su determinacion puede sernos mortal, es una falta de tal magnitud, que es preciso, para admitir su existencia, tener la prueba en la mano.

Por eso la hemos presentado; ella explica la conducta del Gabinete de Florencia y todos los acontecimientos ulteriores, y pone de relieve sobre todo la criminal locura de una declaracion de guerra que iba á lanzar á la Alemania entera sobre nuestro suelo, cuando no contábamos con ninguna alianza, ni aún la del país por cuya salvacion habíamos derramado diez años ántes nuestros tesoros y nuestra sangre, y que rechazábamos un poco más tarde con nuestras propias manos bajo la bandera de nuestro enemigo.

La Italia estaba, pues, paralizada de antemano; y por más que deploremos su exceso de prudencia, no podemos seriamente sorprendernos de que accediese á la neutralidad, emanada realmente de un espíritu hostil á la Francia: nosotros recogíamos así los amargos frutos de nuestra debilidad y temeridad igualmente inexcusables. Pero, por merecidas que pudieran ser nuestras desgracias, no absolvian á la Europa de su abandono; su interes solo exigia una política más previsora; que, despues de los desastres de Sedan, contra ella continuaba la guerra. Yo comprendo la embriaguez de la Alemania: el brillo y la rapidez de sus victorias no la permitian reflexionar, y, subyugada por la pasión, rehusaba escuchar los consejos de aquellos de sus hombres de Estado que conservaban su sangre fria, entregándose completamente á su rencor, á su orgullo y á su entusiasmo. Los jefes de las grandes potencias no experimentaban la misma seducción: ellos podian ver claramente que, mutilar la Francia, era decretar á corto plazo una nueva y más terrible lucha. ¿Cómo serán juzgados por la historia, si es verdad que á sabiendas, y por indecision y abandono, han legado á la generacion venidera el azote de una guerra de exterminio que les era posible ahogar en su origen?

II.

Por lo demas, justo es reconocer que la parte más grave de esta responsabilidad no recae sobre Italia. Relegada al rango de potencia de segundo orden por la insuficiencia de sus recursos militares, no podia ser la iniciadora de un movimiento decisivo; pero se declaró siempre pronta á seguir á la potencia que diera la señal, no se opuso á la intervencion de Garibaldi, cuya aparicion en nuestras filas, muy poco agradable para el Gobierno de la Defensa nacional, que veia en ella más inconvenientes que ventajas, causó á la Prusia una viva irritacion; acogió con una respetuosa simpatía al ilustre hombre de Estado que habia sido el defensor de nuestra causa en Lóndres, San Petersburgo y Viena, y que por un instante aún creyó que, conmovida á sus acentos, se decidiera á hacer por nosotros lo que nosotros habíamos hecho por ella diez años ántes; reprimió lealmente los amaños de los agitadores que trataron de sublevar la Saboya y el antiguo condado de Niza; y por último, cuando el vencedor dió á conocer sus exorbitantes condiciones de paz, no temió asociar su doloroso descontento á las valerosas indicaciones de Inglaterra. Conozco que estos testimonios de interes han sido de mediana utilidad para nosotros: Francia, sin embargo, no podrá ser insensible: ella debe conservar su recuerdo, y ver en ellos la prueba de los verdaderos sentimientos de Italia durante tan triste período, y el testimonio de los que se hubieran declarado más abiertamente sin una reunion de circunstancias que vinieron, por desgracia, á detener su primer impulso, y aún á alterar su carácter quizá.

Difícil me sería mencionar todas estas circunstancias; porque, á pesar de nuestro deseo de evitar escrupulosamente las ocasiones de lastimar á una potencia á la que nos unian tantos lazos, no hemos conseguido siempre tener satisfecha su susceptibilidad. Así, la reserva que creimos deber adoptar cuando el Gabinete de Florencia nos anunció su intencion de entrar en Roma, fué interpretada como un acto de desconfianza que encubria ulteriores pensamientos. Nada más inexacto: nuestra impotencia primero, y despues la necesidad de reunir á los hombres de todos los partidos alrededor del Gobierno que se consagraba á la defensa de la patria, nos imponian esta actitud. El Ministerio italiano no pudo engañarse: por numerosas y cordiales comunicaciones vió la franqueza de nuestro lenguaje con respecto al Santo Padre. Yo no puedo citar mejores pruebas que el despacho de nuestro ministro de Negocios extranjeros que indicaba á nuestro representante cerca de la Santa Sede la línea de conducta que debia observar desde el 10 de Setiembre de 1870:

«El Gobierno de la Defensa nacional tiene opiniones perfectamente conocidas sobre la cuestion romana, y no puede aprobar ni reconocer el poder temporal del Papa. Pero siendo su mision rechazar al extranjero, reservará todas las cuestiones que no sea necesario resolver inmediatamente. Respetando la voluntad de la nacion, deja á ésta la facultad de decidirse libremente, y en este sentido explicareis al cardenal Antonelli nuestra situacion, que es el *statu quo* bajo la reserva expresa de una política nueva conforme á nuestros principios.»

No habia que llamarse á engaño: el Gabinete de Florencia estaba instruido por nosotros de nuestras reiteradas declaraciones para poner en guardia al Santo Padre contra toda esperanza de intervencion en su favor. En un despacho dirigido á nuestro encargado de negocios y destinado á ser comunicado, en su esencia al ménos, al cardenal Antonelli, se leen estas significativas palabras: «El Papado considera la pérdida de su poder temporal como un accidente momentáneo, como una crisis pasajera á la que seguirá una completa restitution, y nosotros no debemos alentarle á que persevere en esta idea.»

No son ménos precisas las instrucciones dadas al señor conde de Harcourt al partir para Roma, donde debia ocupar el puesto de embajador cerca de la Santa Sede.

«Ya sabeis, le decia el ministro, que, desde los primeros dias de mi advenimiento al poder, yo he empleado con el Santo Padre y con la Italia un lenguaje completamente claro y sin reticencias. Yo he creído que debia permanecer neutral, reservando para más adelante la opinion de la Asamblea, que es la que únicamente puede resolver

la cuestion del apoyo que deba darse al poder temporal; pero no he ocultado que, mientras esta Asamblea no se haya decidido, yo dejaré á un lado todo lo referente á esta cuestion y permaneceré siendo el defensor firme y deferente de la persona y de la independencia religiosa del Santo Padre. Vos sereis el intérprete de esta política; y si el Santo Padre os provoca á una conversacion sobre este punto, yo deseo que enmudezcáis respetuosamente. Con el cardenal Antonelli podeis ser más explícito; ya, en diferentes ocasiones, le he dado á conocer mis pensamientos; y aunque la Francia en gran mayoría es favorable á la institucion del poder temporal, no hará nada para restablecerlo, y el que se lo aconsejara cometeria un acto culpable. El cardenal es un espíritu muy superior para no comprenderlo, y ménos aún para querernos mal, y os ayudará á manteneros en la senda que os he trazado como la única prudente y posible.»

Todas las notas cambiadas en esta época entre los Gabinetes de París y de Florencia confirman esta política y renuevan las mismas seguridades; y en comprobacion no citaré más que un ejemplo tomado de un despacho dirigido el 18 de Mayo de 1871 al Sr. Conde de Choiseul, nuestro ministro cerca de Víctor Manuel.

«Nosotros, se dice en él, tenemos el derecho de pedir al Gabinete italiano la reciprocidad en nuestra conducta favorable á los intereses de los dos países; teneis razon para decírselo, y no se nos podrá acusar de haber ofendido la susceptibilidad italiana recordando indiscretamente servicios que sin embargo, en justicia, debemos desear no haber olvidado. Despues de la caida del Imperio, yo he continuado en la actitud que adopté como miembro de la oposicion; he sido el amigo, no el adulator de la Italia; he solicitado su intervencion, y la tristeza que me ha causado su repulsa no me ha inspirado jamás un sentimiento de hostilidad: yo le he hablado con el corazon en la mano, sin encubrirle la amargura de mis decepciones, y no he cesado de mostrarle las razones, graves en mi sentir, que, á pesar de los incidentes de detalle, imponen á los jefes de las dos naciones el deber de unirse frente á la Europa entera. Una cuestion podría dividir nuestras relaciones recíprocas con la Santa Sede: yo he abordado la discusion y la solucion con entera sinceridad.»

Así marchaba la Francia lealmente al encuentro de las dificultades para separarlas ó vencerlas, y no fué ménos explícita cuando se trató de arreglar un punto más delicado, y respecto al cual no es extraño que Italia haya manifestado algunas preocupaciones. Me refiero al nombramiento de un embajador cerca del Santo Padre, medida que fué vivamente criticada por los órganos del partido radical, y aún, preciso es reconocerlo, juzgada desfavorablemente por los hombres de ideas más templadas. No nos costó, sin embargo, trabajo que la aceptase el Gabinete italiano, con el cual quisimos entendernos amistosamente. Las razones que justifican nuestra conducta se encuentran reasumidas en las líneas siguientes, extractadas de un despacho de 1.º de Junio de 1871, dirigido por el ministro de Negocios extranjeros á Mr. de Banneville, nuestro embajador en Viena:

«Los espíritus suspicaces, de que hay gran número, se han alarmado por el nombramiento del conde de Harcourt para el cargo de embajador cerca de la Santa Sede, queriendo interpretar este acto como el principio de una política hostil á la unidad italiana y favorable á la restauracion del poder temporal. Esta es una induccion absolutamente falsa: el Gobierno no ha pensado por un solo momento ni en amenazar la unidad italiana, ni en restablecer la autoridad temporal del Santo Padre. Hubiéramos podido dejar en Roma un simple encargado de negocios, y el carácter y capacidad de Mr. Lefebure de Behaine le hacian perfectamente á propósito para representarnos con distincion; pero nosotros hemos creído que las desgracias del Papa, y acaso las nuestras, nos ordenaban una política más acentuada. Disminuir los signos exteriores de nuestras relaciones con un anciano agobiado por la adversa fortuna, hubiera sido duro en una nacion llena de prosperidades; por parte de una potencia tan rudamente herida hubiera sido una debilidad sensible.

«Así, pues, ni el presidente ni yo hemos dudado, y el conde de Harcourt ha partido con el título de embajador; á su salida de Versalles yo le he dado las instrucciones más positivas, de las que tengo la conviccion que no se ha separado.»

Estas explicaciones eran suficientes á satisfacer las exigencias

más fuertes, y la Italia, al recibirlas, no pudo poner en duda nuestra firme intencion de respetar las alteraciones realizadas en su territorio. Ella concluyó su obra trasladando á Roma la residencia de su Gobierno; y si en estas circunstancias todavía pensamos que nuestros deberes hacia el Santo Padre nos imponian algunas reservas de pura forma, no hicimos esta concesion á la edad y á la desgracia sino despues de haber obtenido del Sr. Visconti-Venosta la seguridad de que ellas no alterarían en nada la cordialidad de nuestras relaciones recíprocas.

III

Habíamos salvado sin tropiezo escollos bastante peligrosos, y podíamos esperar no encontrar otros en nuestro camino. Desgraciadamente se iban á suscitar por el ardor de la Asamblea nacional, en cuyo seno algunos hombres, muy dignos, pero nada cuidadosos de los resultados que su demostracion debia producir, querian á todo trance obtener el fácil lauro de protestar en la tribuna contra los acontecimientos bajo cuyo peso se habia derrumbado el poder temporal. Muchos prelados franceses habian dirigido á la Cámara peticiones solicitando del Gobierno un tratado con las potencias extranjeras «á fin de restablecer al Soberano Pontífice con las condiciones necesarias para gobernar libremente la Iglesia Católica.» El partido ultramontano apoyaba calorosamente este llamamiento á las pasiones religiosas, censurando con violencia la debilidad de la mayoría, que habia creído prudente aplazar esta irritante discusion, y á pesar de los esfuerzos de Mr. Thiers hubo que ceder á los exaltados, y se dió cuenta de las peticiones en la sesion del 22 de Julio de 1871.

Los dos diputados que tomaron la palabra pidieron su remision al ministro de Negocios extranjeros, y despues de un tempestuoso debate, en el cual los oradores de la derecha atacaron al Gobierno italiano con una vehemencia extrema, la Asamblea rechazó la orden del dia y votó la remision al ministro, acompañándola de un voto de confianza en el patriotismo del jefe del Poder ejecutivo.

Los clericales miraron esta solucion como una victoria, pero en realidad era difícil desconocer el equívoco, y la Italia tuvo el buen sentido de no ver en ella una derrota. Ella habia oido de boca de Mr. Thiers declaraciones poco amistosas, pero estas declaraciones se aplicaban al pasado y no podian desde entónces inquietarle seriamente, puesto que el presidente de la República aceptaba el presente y garantizaba, por el sostenimiento del *statu quo*, el porvenir. Despues de haber recordado en su elocuente discurso sus antiguas opiniones sobre el poder temporal y la unidad italiana, intimando á sus adversarios que dijeran claramente lo que se proponian, él habia exclamado: «Señores: colocaos en el lugar del hombre que piensa lo que yo pienso, y á quien habeis dado vuestra confianza, y preguntaos: Cuando todas las potencias sostienen buenas relaciones con la Italia, qué quereis que yo haga? Yo me dirijo á todos vosotros, yo os propongo esta cuestion: vosotros, católicos de los más fervientes, á quienes yo respeto profundamente.... y vosotros, puestos en mi lugar.... qué haríais? ¡Me decís que no debe aceptarse la humillante doctrina de los hechos consumados! Como la vuestra, mi conciencia se revela ante esta doctrina; pero cuando toda la Europa, fija en el porvenir, cuenta con una de las grandes potencias que la desdichada ceguedad del Gobierno caído ha creado, ¿quereis que sólo yo prepare contra ella relaciones que podrian comprometer el porvenir? Ah, señores! No, yo no puedo aceptar esa responsabilidad. No me pedís la guerra, ciertamente; pero me aconsejáis una política cuyo resultado sería tener alerta y en desconfianza á una nacion que puede hacer un papel importante en el porvenir. Oh! ¡no pidais esto á mi prudencia, á mi patriotismo!.... esto sería una política inhábil: no basta, para sostener la grandeza de un país, organizar su ejército; es preciso una política sensata que le proporcione, donde quiera que le sea necesario, un apoyo seguro siempre.»

Estas afirmaciones condenaban de una manera absoluta las pretensiones de los peticionarios, y el Gabinete de Florencia no podia exigir nada más concluyente; sin embargo, no quedó satisfecho del todo: le parecia que, cerrando la puerta tras sí, Mr. Thiers habia entregado la llave á los que la querian volver á abrir, y así no se abandonó á una seguridad completa. Algo más tarde le pusieron en cuidado nuestras vacilaciones al tratar de reemplazar á Mr. de Choiseul, que habia presentado su dimision. Nombrado Mr. de Gou-

lard, el partido ultramontano se agitaba para impedir su marcha, suspendida muy inoportunamente, pero por fortuna desapareció con un ministerio, y Mr. de Remusat tuvo el acierto de poner los ojos en un diplomático tan independiente como distinguido, Mr. Fournier, que adquirió bien pronto en el Quirinal la influencia que merecían su talento y carácter. Podía creerse que se iba á realizar una sincera reconciliación; todo parecía favorable, cuando nuevos y graves incidentes despertaron más violenta que nunca la desconfianza de los malos días.

IV.

El golpe de Estado parlamentario del 24 de Mayo de 1873, que hizo caer á Mr. Thiers en algunas horas, causó profunda sensación en Europa, siendo juzgado con extremada severidad: una nación que puede ser acusada de ingratitud y de inconsecuencia está bien cerca del descrédito y del aislamiento, sus amigos se alejan, sus enemigos se unen, y por todas partes se repite que no sería prudente contar con ella, siendo así que tan poco segura está de sí misma. En vano trató de combatir estas enojosas impresiones el nuevo ministro de Negocios extranjeros, afirmando que nada cambiaría en la política exterior: nadie le creyó; continuó la misma desconfianza, y el Gabinete italiano, arrastrado por el movimiento irresistible de la opinión, volvió sus miradas hacia la Alemania, que acechaba largo tiempo hacia la ocasión de llevar á cabo una alianza necesaria para la ejecución de sus designios.

Pero aún no era bastante: el partido que, por satisfacer su ambición y su odio, había arrojado del poder al ilustre hombre de Estado á quien la Francia aclamaba como su salvador y su jefe, debió terminar su obra antipatriótica. Las vacaciones de la Asamblea la parecieron ocasión propicia para el éxito de una conspiración monárquica, á que los príncipes de Orleans se prestaron, y su desaparición calculada dió á conocer al pretendiente que invocaba un derecho superior al de la nación. Esta extraña candidatura pareció desde luego un reto al buen sentido y á la dignidad de la nación; pero los realistas, lejos de retroceder ante esta dificultad, anunciaron con estrépito que, puestos de acuerdo todos los grupos conservadores, estaban decididos á elegir el rey sin el consentimiento del país y contra su voluntad. La empresa era atrevida, porque, de haberse realizado, habría hecho estallar la guerra civil y la guerra extranjera; y la Francia, que lo comprendió, dejó escapar de su corazón la expresión tranquila, pero resuelta, de una invariable aversión, pudiéndose juzgar por la conmoción que se sintió en toda ella que no se inclinaria ante el envejecido dogma del derecho divino. Probable es que esta solemne protesta no fuera extraña á la retractación que el pretendiente inculpaba á sus campeones; pero, sea como quiera, él prefirió romper las negociaciones, invocando su infalibilidad real, á correr el azar de una revolución de que habría sido la causa y la víctima. Sin embargo, esta culpable tentativa había bastado para vencer los últimos escrúpulos de la Italia entregándose á la Alemania, y el viaje de Víctor Manuel á Berlín fué saludado por todo su pueblo reconocido, que vió en él la represalia de imprudentes amenazas. Esta vez no se nos había pedido consejo, y nuestro antiguo aliado había dado la mano á nuestro implacable enemigo para estar pronto á combatirnos.

Tal es la situación actual, que no es preciso exagerar, y sería ridículo disminuir. En el caso de una nueva prueba, no podemos contar con el apoyo de la Italia, ni aún con su neutralidad; su espada no permanecerá ociosa, sino que se levantará contra nosotros. Que semejante estado de cosas nos sea perjudicial, nadie lo afirma; pero, al menos, es favorable á Italia? protege la paz del mundo? reposa sobre sólidas bases? Esto es lo que voy á examinar brevemente para terminar este trabajo.

V.

Parécenos superfluo volver á tratar de las graves razones que hicieron á Italia alejarse de nosotros para unirse á la Alemania; ellas aparecen claras y evidentes del encadenamiento de los hechos que acabo de recordar. Si es una verdad inconcusa que ninguna nación europea puede sin peligro vivir sin alianzas, es preciso reconocer que Italia sería la que perdería más en esta política de aislamiento

Su unidad data de ayer, puede decirse, y se ha constituido sobre las ruinas de un reino y seis principados que la dividían y hacían detestar la influencia germánica; su transformación rapidísima hace que sean más fuertes los elementos de reacción, á que una intervención extranjera poderosa volvería el vigor que parecen haber perdido.

La Italia tiene, pues, necesidad de apoyo, y el censurarle que lo acepte donde lo encuentre sería á la vez injusto é irrisorio. Su origen, su lengua, sus costumbres, su religión la hacen naturalmente inclinarse hacia nosotros, y la historia atestigua que en medio de todas nuestras mutuas vicisitudes, y á pesar de las guerras y de las intrigas que los han hecho tantas veces adversarios, los dos pueblos están unidos por estrechas simpatías y sólo desean poder contar el uno con el otro; además, desde la caída de la Restauración, que desconcertó el espíritu revolucionario de una parte de la Península, hasta los últimos tiempos, es decir, durante cerca de medio siglo, hemos permanecido ligados por una amistad sincera. Bien reciente está todavía el inmenso éxito que obtuvo entre nosotros el conmovedor relato de los infortunios de Silvio Pellico: todos los corazones latían con indignación á cada trágico incidente de la lucha sostenida con tan admirable valor por los patriotas italianos contra el despotismo de la Alemania. Tampoco puede haberse olvidado la popularidad que adquirió, aunque por breve tiempo, Pio IX, cuando se creyó que iba á ser el defensor de la independencia nacional, en el entusiasmo de la población de París, que, quitando los caballos, arrastró el carruaje del emperador el día en que éste marchó á unirse con el ejército que debía obligar al Austria á replegarse tras el Adige. Y es necesario añadir que la alianza francesa fué el alma de la política de Mr. de Cavour, que quiso cimentarla enviando soldados italianos á los campos de batalla de Crimea, y que, admitido en el Congreso de 1856, él encontró en la generosa firmeza de nuestros plenipotenciarios, además de la fuerza moral que le era tan estimable, la esperanza no menos valiosa de una sanción efectiva que tres años más tarde no le hemos escatimado.

Estos hechos irrecusables son la elocuente demostración de la utilidad de nuestra alianza, nacida del carácter de las dos naciones, de su situación geográfica, de la identidad de sus intereses generales, de la comunidad del fin que deben realizar en el mundo. Ellas son, á decir verdad, dos ramas de un mismo tronco: dos siglos antes de Jesucristo, la espada de Julio César abría el seno de las Galias á la civilización romana, y los monumentos que cubren todavía nuestro suelo, dos mil años después, son una prueba incontestable de la grandeza y del poder de la sociedad que esta ruda iniciativa hizo aparecer.

Después del cataclismo producido por la invasión del Norte, después del oscuro y doloroso nacimiento de la Edad media, todavía la Italia, extendiendo por todas partes la benéfica influencia de una nueva era, devuelve á las ciencias, las artes y el comercio su noble y benéfico imperio, y superiores á la ambición de los príncipes, á las hazañas de los guerreros, á las querellas del sacerdocio, ellos son la cadena indivisible que une estas dos naciones hermanas, confundiéndolas en iguales aspiraciones, impulsándolas á las mismas empresas, á las mismas glorias y á los mismos placeres. ¿Quién podrá romper ó aflojar estos lazos? ¿Qué hombre de Estado tendrá la temeridad de dividir con mezquinas combinaciones estas dos fuerzas, que se completan y se fecundan por una acción común?

Ah! Por desgracia estos hombres de Estado no se han hecho esperar; su fatal extravío ha producido amargos frutos, y si se interroga el porvenir, no es posible dejar de alarmarse al considerar cuán grandes é irreparables desastres pueden sobrevenir á las dos naciones, si no se detienen en la pendiente en que las han colocado los sentimientos de mutua hostilidad que se ha procurado inspirarles.

Tiempo es ya de pensar seriamente y de abordar sin doblez el examen de los agravios que sirven de pretexto á injustas desconfianzas.

Yo admito que la Italia haya podido disgustarse; más aún, que, viendo crecer la influencia oficial del partido ultramontano en Francia, haya creído ver en esto un peligro para sí; pero no podré nunca concederle que este peligro haya estado tan próximo, que la obligara á contraer una nueva alianza, y quiero creer todavía que se ha limitado á un simple paso de prudencia, y que no ha enajenado

su libertad. Si lo hubiese hecho, ¿no debería sentirlo hoy amargamente? Los acontecimientos tan rápidamente ocurridos en Francia, no le han abierto los ojos? ¿No ha visto claramente demostrado que, á pesar de cierto ascendiente que sería ocioso negar, el partido ultramontano no puede hacer prevalecer sus ideas entre los hombres políticos que gobiernan el país, sean las que quieran sus opiniones?

Yo temo que la intervencion de Francia para el restablecimiento del poder temporal haya sido solo un fantasma, que el Gabinete de Berlin ha presentado hábilmente, y que con facilidad ha asustado á la Italia. A pesar de esto, ella ha debido considerar que Mr. Thiers ha sido uno de los más ardientes defensores del poder temporal, que en una sesion memorable del Cuerpo legislativo, despues de haber dado una prueba más de su brillante elocuencia, llevó su celo pontifical hasta el punto de abrazar á Mr. Rouher y conducirlo á la tribuna, ayudado de su ilustre colega Mr. Berryer, donde aquél pronunció el famoso *Jamás* que la tempestad de 1870 debia borrar para siempre: náufrago sobre la orilla, y rehaciendo sus doctrinas, qué ha hecho el incomparable orador? Ha comenzado por arrojar en alta mar su viejo ídolo, despojo inútil de un pasado cuya vuelta es imposible. Se creen más fuertes sus sucesores? Ellos sufrirán, como él, la ley de una inexorable necesidad. Se podrá tal vez protestar en la tribuna; no es difícil que oigamos los fogosos anatemas de un venerable prelado, ni aún es imposible que una mayoría vote una orden del día ya esperada. Pero, y despues? Si hay gran distancia de las palabras á las acciones, todavía es mayor la distancia cuando la accion es una locura y se le propone á una nacion que está sufriendo la expiacion de sus errores. Yo lo aseguro con la más profunda conviccion; en ningun caso Francia combatirá para restablecer al Papa en su trono. En tanto que dure el gobierno que la rige, podrá adoptar una actitud equívoca; pero tan luégo como se consulte la opinion del país, la política exterior se inspirará en los verdaderos principios liberales; nos uniremos á los gabinetes de Europa, que todos sin excepcion han reconocido los derechos de Italia.

VI.

Esta solucion se me presenta con tal evidencia, que me admiro de la facilidad con que los hombres de Estado á quienes la Italia ha confiado sus destinos se han dejado precipitar fuera de lo que yo llamo política nacional. Conocida su ciencia, su moderacion, sus elevadas miras, no parece posible se hayan dejado ganar sino por nobles causas; acaso no se han mantenido lo bastante en guardia contra el impulso de las impresiones populares. Uno de los grandes méritos de los gobiernos modernos es obedecer á la opinion, pero no es preciso obedecer demasiado pronto; la opinion es irresponsable; puede sin peligro mostrarse irreflexiva, inconsecuente y apasionada; es con demasiada frecuencia el reflejo de las preocupaciones ó ilusiones de la multitud, y tiene, por último, exageraciones que un ministro no se podría permitir. En Italia el partido prusiano es activo, poco escrupuloso, rápido en esparcir la alarma; y considerando que todo medio es bueno para conseguir sus fines, excita fácilmente la indignacion y la cólera en un pueblo impresionable, móvil, celoso de su independencia, siempre pronto á correr tras una nueva influencia por odio á la que no quiere soportar. Las maniobras de este partido dieron origen é incremento á la agitacion ante la cual el rey y su Gabinete adoptaron prontamente su decision; sin embargo, nada es irreparable, y nosotros no tendremos que sufrir una mala inteligencia, que un poco de sangre fria y buena voluntad disipará sin trabajo.

Francia no puede ser hostil á Italia, Italia no puede separarse de Francia: ellas estaban estrechamente unidas en 1866, cuando la alianza prusiana contribuyó á la restitution del Véneto: ni una ni otra podian, sin labrar su ruina, ponerse á las órdenes de Alemania, prestándose á sus ambiciosos designios. ¿Ha reflexionado el Gabinete de Roma sobre las consecuencias de este vasallaje? ¿ve la pendiente en que se le ha colocado? Rodeado del prestigio de la victoria, embriagado por la adulacion, no temiendo ningun obstáculo, el canciller del Imperio pretende doblegar bajo el peso de su poder toda voluntad independiente.

Él ha hecho nacer una guerra religiosa que está dispuesto á llevar al último extremo. Dónde le conducirá este despotismo extremo nadie lo sabe, pero las lecciones de la historia no son un dichoso presagio. ¿Quiere Italia darle su apoyo en esta obra de intolerancia y de tiranía? ¿Está dispuesta á renunciar, por agradarle, á su conducta tan serena, tan prudente, tan meditada?

Yo me detengo: si los límites de este trabajo no me obligaren á terminar, yo demostraria que bajo el punto de vista económico, lo mismo que bajo el punto de vista social, político y militar, el interes de Italia es unirse á las dos naciones que son como una transformacion suya, y que formadas por las mismas tradiciones, animadas del mismo espíritu, están llamadas á favorecer su desarrollo y su grandeza. Colocadas las tres en condiciones físicas análogas; dotadas de un suelo fértil, vivificado por un sol radiante; bañadas por las aguas de tres mares, Francia, Italia y España parecen haber sido creadas por Dios para dar á sus dichosos habitantes todas las nobles satisfacciones que procuran la riqueza, la inteligencia, el sentimiento de lo bello, la posesion de la libertad. Sin embargo, ellas han luchado, ellas han sufrido, ellas están todavía sujetas á las más crueles pruebas. ¿Cuándo llegará para ellas el día de la regeneracion, de la paz y de la prosperidad? Yo no lo puedo dudar: la democracia les asegurará estos beneficios, y purificada por sus faltas mismas vendrá á ser su guía y moderador, enseñándoles la práctica de instituciones libres, el culto de la ciencia, el ejercicio de la tolerancia. A los hombres políticos que las dirigen corresponde apresurar esta feliz transformacion, y para realizarla lo más pronta y eficazmente posible deben trabajar sin descanso en hacer desaparecer todas las causas de division. A la tempestad que se prepara en el Norte, y que amenaza el Centro y Mediodía de la Europa, es preciso oponer la política de conservacion y defensa que se resume en estas palabras: «Union de las razas latinas.»

JULIO FAVRE.

ESTUDIOS DE DERECHO POLÍTICO

El estudio del *Derecho político comparado de los Estados de Europa* supone necesariamente dos hechos, de los cuales hemos de partir en nuestras investigaciones: el primero es que hay *variedad* en las diferentes Constituciones políticas de los diversos pueblos que constituyen esta parte principal del mundo civilizado; el segundo, que podemos referirnos en este estudio á una *unidad* superior para establecer comparativamente la relacion que hay entre lo que es el Derecho político constituido en cada nacion de Europa, y el fundamento filosófico de todo Derecho. De aquí, por lo tanto, la necesidad de un ideal científico, de una nocion exacta del Derecho, y en particular del Derecho político, para estudiar con resultado favorable esta importante rama de la ciencia; así como, para formarnos idea de la extension de una comarca ó de un objeto cualquiera, necesitamos referirla á una unidad, por ejemplo, el metro.

El primero de estos hechos nos lo acredita la historia de la humanidad, que no es otra cosa más «que la descripcion continuada del desarrollo de la especie humana con sus modificaciones diversas» (educacion, clima, ideas); pues si estudiamos históricamente los diversos pueblos, encontramos en ellos multitud de formas de organizacion ó de constitucion política, desde el régimen despótico del Oriente con su sistema de castas, hasta el de las repúblicas más democráticas que han existido. La Constitucion política de los pueblos que, expresa ó tácita, existe en todos ellos, es variable por consiguiente, como variables son las condiciones de existencia en que el hombre se encuentra, cuyo desarrollo siempre tiende, no á la perfeccion, porque ésta no es posible alcanzarla en la tierra, pero sí á la perfectibilidad de la raza humana.

Y en efecto, la historia atestigua precisamente esa misma variedad de condiciones en que el hombre se encuentra, y esa misma tendencia á su perfectibilidad, por lo cual ha dicho con sobrada razon un filósofo moderno: «¿Por qué el hombre es el único sér que tiene historia propiamente hablando?—Porque es el único que puede perfeccionarse.» Por eso tambien el orador romano decia que la historia «era la luz de la verdad, el testigo de los tiempos, la maestra de las costumbres.»

Si al hombre, segun las condiciones de su existencia y la ley de su desarrollo progresivo, no podemos considerarle como un sér in-

mutable, sino que, por el contrario, le vemos en todos tiempos y en todas épocas variar en sus ideas, en sus costumbres, en su civilización, en sus conocimientos, necesariamente á la misma ley de variedad deben estar sometidos el conjunto de seres semejantes que constituyen la ciudad ó la nación. Es preciso, pues, así como deseamos conocer las condiciones de existencia del individuo, conocer las condiciones de existencia de la sociedad en que vive, ó sea su constitución política, unas veces formulada en preceptos expresos y terminantes, otras veces arraigada en sus costumbres, en sus tendencias, en todos los elementos que constituyen su civilización. Hay, por lo tanto, necesidad de estudiar lo que ha sido y es la organización política de las diversas sociedades, puesto que, á consecuencia de su variedad histórica, no es posible deducir de una de ellas, como tampoco de un solo individuo, la ley general para poder venir en conocimiento de las reformas de que es susceptible y de las mejoras que pueden convenir en la vida política de los pueblos. Las formas de gobierno siguen por consiguiente el desarrollo más ó menos perfecto del individuo y de la humanidad, y, según los nombres varían, vemos que varían también aquéllas.

No sólo encontramos la variedad en la existencia política de los pueblos con relación al tiempo, sino también con relación al espacio, y aún, en una misma época, según las razas que la ocupan. Así sucedió, por ejemplo, en España, cuando, ocupada por los distintos pueblos godos, romanos, árabes, vino á constituir su nacionalidad la reunión de otras varias nacionalidades.

La historia, por lo tanto, no nos puede dar el término de comparación que necesitamos en este estudio. Vemos en la antigüedad al pueblo hebreo regirse sucesivamente por caudillos militares, por reyes ó por sacerdotes; lo mismo observamos en Grecia y Roma, en las nacionalidades de los siglos medios, en las repúblicas aristocráticas ó democráticas, federaciones, ligas y hermandades. En la actualidad encontramos los mismos inconvenientes: las Constituciones de los pueblos modernos no tienen más fundamento de existencia que su existencia misma, y no presentan más que una nueva fase en la historia.

Pero dijimos antes que el estudio de las Constituciones políticas de los diversos pueblos no podía producir un resultado completo por sí solo si no referíamos estas diferentes organizaciones á un tipo superior, á un ideal científico que nos sirviese de término de comparación. Y en efecto, si hay realmente una *ciencia política*, un *Derecho político* propiamente tal, es preciso que el estudio comparativo que emprendamos se haga con relación á ese ideal, y para ello que determinemos ante todo el concepto filosófico y fundamental de la idea de Derecho. Necesidad tanto más atendible, cuanto que hoy la política constituye una rama importante del Derecho público y la ciencia del gobierno no está reducida al empirismo que ha dominado hasta que se ha tenido una noción clara del Derecho.

Si, pues, emprendemos el estudio del Derecho político, antes de preguntarnos—qué es esta ciencia?—antes de dar la definición de ella, corresponde que determinemos—qué es el Derecho en general?—y que procuremos formarnos una noción del mismo examinando, siquiera sea breve y sumariamente, las teorías que más aceptación pueden tener para explicar el fundamento filosófico del Derecho.

No es tan fácil fijar la verdadera noción del Derecho: profundos pensadores han tratado de determinarla con exactitud, y sin embargo, sus sistemas han sido más ó menos combatidos; para llegar á ella conviene á la vez el estudio analítico y el sintético, por cuyo doble procedimiento es como puede formarse una noción más aproximada.

Para algunos, la idea del Derecho se confunde con la de ley, ó lo más consideran á aquél como un conjunto ó colección de leyes; para otros comprende la universalidad de las cosas, y las ideas universales de santidad, bondad, belleza y justicia no son en último término más que una sola y misma idea; para los romanos, la ciencia del Derecho se confundió con la ciencia universal, con la filosofía (a). Para otros, la idea del Derecho se confunde con la de ley, y tanto significa decir que una cosa es conforme á Derecho, como á una cierta y determinada ley.

Pero la ley, en el sentido absoluto de esta palabra, comprende mucho más que lo que constituye el Derecho. En efecto, la idea de ley envuelve una relación constante y general que encontramos siempre que de la existencia de dos hechos ó fenómenos que se ponen en contacto deducimos una relación entre ellos. Así, por ejemplo, cuantas veces se relaciona la luz con nuestra retina, percibimos un objeto, se verifica el fenómeno de la visión, y deducimos la existencia de la ley según la cual el mismo fenómeno se realiza, y del mismo modo comprendemos la existencia de todas las leyes.

Por esta razón ha dicho Montesquieu que las leyes son «las relaciones constantes que se derivan de la naturaleza de las cosas» (b), cuya definición comprende la noción de la ley en su sentido más absoluto y general, tanto las leyes del orden natural ó físico como las del orden moral. Montesquieu, sin embargo, no considera en el

resto de su obra la palabra ley en esta misma acepción, sino que concreta su pensamiento á las relaciones puramente humanas, á las leyes que comprende el Derecho, cuyo *Espíritu* ó fundamento filosófico trata de investigar, deduciendo de su existencia la de los principios fundamentales que sirven de base á la ley positiva. Así deduce que, antes de existir ésta, hay relaciones posibles de justicia; porque «decir que no hay nada justo ó injusto más que lo que prohíben las leyes positivas, vale tanto como decir que antes de trazar el círculo no son iguales todos sus radios.»

Si, pues, la ley es una relación, podemos desde luego establecer que, siendo innumerables el número de seres que existen en el universo, deben ser también innumerables el número de relaciones que entre los mismos pueden establecerse, y por consiguiente el número de leyes. En efecto, la definición de Montesquieu comprende tanto las leyes que propiamente se refieren al Derecho, como la universalidad de las leyes impuestas por el Supremo Hacedor al mundo físico, ó sean las *naturales* (*físicas, astronómicas, etc.*) Mas para que lleguemos á determinar la idea del Derecho, necesario es que hagamos una gran eliminación de muchas de estas leyes y nos fijemos en las que propiamente pueden constituirle.

Puesto que el hombre es el ser sujeto capaz de derechos, la relación que tratamos de buscar debe ser una relación puramente humana. Desde luego podemos decir que entre el hombre y los demás seres se establecen tres clases de relaciones: unas respecto de los seres *superiores* á él, otras respecto de los *seres inferiores*, y otras respecto de los *seres iguales*. Por lo que hace al Ser Superior, al Hacedor Supremo, sólo se establece respecto al hombre la relación de *deber*, pues el hombre no tiene más que deberes para con Dios y de ningún modo derechos; con respecto á los seres inferiores, tiene el hombre sólo derechos; pero con respecto á sus semejantes tiene á la vez obligaciones y derechos, y esta idea es recíproca en la humanidad. Para estudiar, pues, la noción del Derecho hemos de encontrarla en la naturaleza humana, y bajo este punto de vista podemos decir que la noción del Derecho es una noción puramente humana.

No basta todavía que digamos que el Derecho es una relación puramente humana, y que sólo se establece entre seres iguales; sino que, atendiendo á la dualidad del hombre como ser físico y como ser racional y libre, desde luego vendremos en conocimiento de que no están comprendidas en las leyes que rigen su naturaleza física las que propiamente son objeto del Derecho, sino que únicamente se refiere éste á las leyes relativas á su naturaleza moral. Las relaciones á que pertenece el Derecho son las que se establecen voluntariamente y con conocimiento por el ser sensible, inteligente y libre, y en este concepto podemos considerar al Derecho en sentido subjetivo, ó sea significando «la facultad de obrar;» ó como decían los romanos, «*facultas agendi, vel possidendi, vel alia consequendi*;» ó en sentido objetivo, ó sea expresando la materia é investigación del primero.

Para poder formar una noción exacta del Derecho debemos tener principalmente en cuenta que ha de expresar cuatro condiciones: 1.ª que haya una relación establecida de un ser á otro ser; 2.ª que el ser de que se trata tenga conciencia ó conocimiento de esta relación; 3.ª que haya posibilidad de infracción ó de quebrantar esta misma relación; 4.ª que la relación establecida tenga un fin. En efecto, ya hemos dicho que toda ley expresa una verdadera relación constante, derivada de la naturaleza de las cosas, y que esta relación se establece entre los seres cuando el contacto de uno influye en la existencia del otro modificándole, á la manera que la luz puesta en contacto con el ojo produce el fenómeno de la visión, y el aire en contacto con el oído ocasiona el sonido: bajo este punto de vista, por lo tanto, es el primer elemento de la idea del Derecho la de esta relación. Es preciso, además, que sea conocida la relación por el ser á que se refiere; es decir que, para que pueda haber responsabilidad por ella, es indispensable que tenga capacidad y razón; por eso el niño y el loco que cometen un crimen no son responsables criminalmente. Esta segunda condición excluye de la idea de Derecho á los seres inferiores al hombre, puesto que sólo existe la conciencia en el ser que tiene razón y voluntad. La tercera condición hemos dicho que es la posibilidad de infracción, es decir, que la condición dependa de la voluntad, y bajo este punto de vista pueden cumplirse ó no cumplirse las leyes de que se trata, bajo la condición de la responsabilidad. En esto diferenciamos también las leyes que son objeto del Derecho de las que se refieren á las relaciones que se establecen entre los hombres y los seres superiores, pues en éstos no cabe posibilidad de infracción por la intuición inmediata y clarísima del bien, y así el hombre no puede tener derecho sobre ellos. Por último, hemos dicho también que es preciso que la relación establecida conduzca á un fin, porque todos los seres tienen un fin que cumplir, y al establecerse esas relaciones con los demás tienden también á la consecución de un fin.

(Se continuará)

(a) *Divinarum atque humanarum rerum notitia, justí atque injusti scientia.*
(b) Prefacio del *Esp. de las leyes*.

